



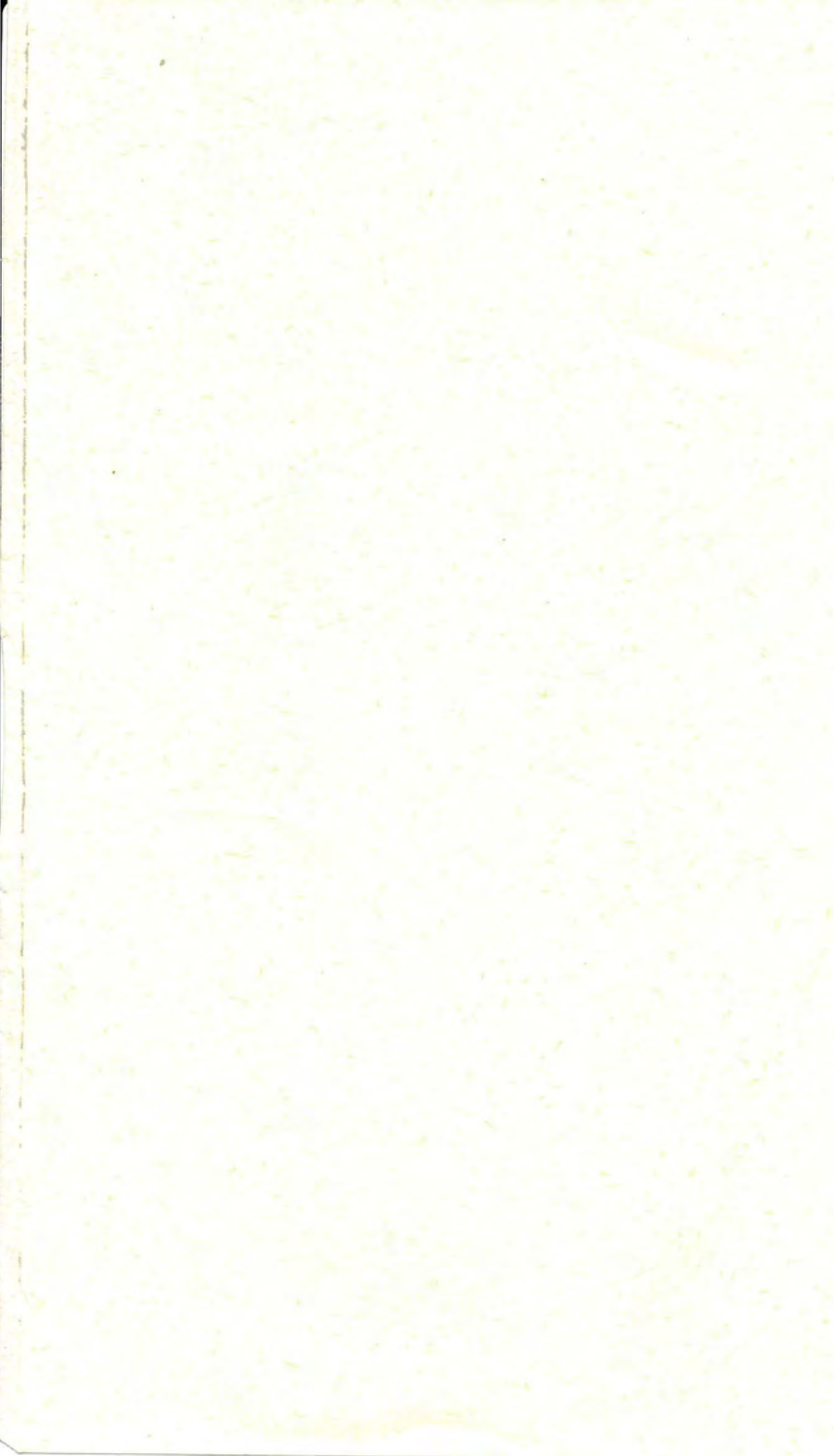
VILLA PETRARIA

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS

Francisco Máñez Iniesta



20



VILLA PETRARIA

Tragedia en cuatro actos

Francisco Máñez Iniesta

VILLA PETRARIA
Tragedia en cuatro actos

CONCEJALÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO
AYUNTAMIENTO DE PETRER

© De la presente edición: Ayuntamiento de Petrer

Texto: Francisco Máñez Iniesta

Portada: Sesterccio del emperador Antonino Pío (138 d. C.)

Colección arqueológica del Museo Dámaso Navarro de Petrer

Ilustración: Pilar Mas Hurtuna

ISBN: 978-84-95254-52-8

Depósito legal: A 971-2015

Impresión: Gráficas Arenal, s.l. - Petrer

PRÓLOGO

La publicación de la obra teatral *Villa Petraria* es una muy buena noticia. Lo es no solo para su autor Francisco Máñez Iniesta, sino muy especialmente para la cultura y el ámbito del conocimiento de nuestra historia como pueblo y, por tanto, para el presente y el futuro de Petrer.

De la producción literaria de Paco Máñez, escritor autodidacta y polifacético, conocemos especialmente su obra *La Rendició*, recreación teatralizada que hizo del fragmento del *Llibre dels feits* (o *Crònica del Rei En Jaume I*) en el que se describe la toma del castillo de Petrer en 1265. La obra de Máñez, que comenzó a representarse en el año 1983, ha quedado como uno de los principales elementos de la *Festa dels Capitans*, celebración que tiene lugar en el mes de noviembre con motivo del *Mig Any Fester*. Tal es el valor que el pueblo de Petrer le ha dado a la representación de *La Rendició* que el mes de noviembre de 2015 se acordó solicitar su declaración como Bien Inmaterial de Interés Cultural.

Estudioso de la historia de su pueblo en múltiples vertientes, iniciador de proyectos ligados a la cultura, al arte, a la fiesta, siempre unidos todos ellos —como él mismo— a la dignificación de las personas, Paco forma parte del reducido grupo de petrerenes que han tenido la ocasión de poner en marcha iniciativas para nuestro pueblo que hoy vivimos como parte de lo cotidiano. Lo hizo al lado de los

ya desaparecidos Paco Mollá, Hipólito Navarro, José María Bernabé, Dámaso Navarro, Vicente Maestre y de tantas otras personas con quienes ha compartido y comparte intensos momentos vividos.

A lo largo de todo este tiempo ha desplegado una continua actividad que ha compaginado con la creación de obras de teatro, de guiones para películas sobre las fiestas de Moros y Cristianos, además de escribir artículos en distintas publicaciones locales, comarcales y provinciales y de conducir y colaborar en programas de radio.

Con la obra teatral *Villa Petraria* Paco Máñez nos ofrece de nuevo una visión distinta, cercana y reconocible de nuestra historia. Lo hace dibujando unos escenarios posibles e identificables para todos, por cuanto los actos y escenas de la obra teatral se desarrollan en los territorios petrerenses de la que fuera la villa rural romana entre los siglos III y IV de nuestra era, en pleno declive y ocaso del Imperio Romano que daría paso a la llegada de nuevas culturas.

La acción se desarrolla dentro de los márgenes que delimitaban la antigua Villa Petraria, y que conocemos a partir de los sucesivos hallazgos arqueológicos relacionados con la vida de aquella villa romana y sus pobladores, de los que hoy todos reconocemos y valoramos su importancia. Desde el mosaico policromo que se situaría en la zona noble de la vivienda principal, pasando por los restos de los baños o los de la antigua necrópolis, hasta los hornos a los que se les daba un uso industrial. También hay frecuentes referencias al entorno de Petrer, como la emblemática cumbre del Cid o parajes como el de Caprala.

En ese espacio sufren y aman, luchan y mantienen la esperanza unos personajes contruidos con los hallazgos

hechos por Paco Máñez en su propia excavación en la historia de las gentes de Petrer, e incluso con lo que él ha ido recogiendo de la historia de los seres humanos. Así en las voces de las mujeres y hombres que caminan por la trama reconoceremos los anhelos, los miedos, la pasión o la traición propias de la condición humana.

Tampoco renuncia el autor a hacernos algún que otro guiño a través de los nombres de estos seres. Alguno de ellos, como el de Curcio, recuperado de la mitología romana, mientras que otros son fruto de la discrecionalidad de su creador. Eso sí, permítanme que dude de que tampoco en este ingrediente de su creación la casualidad se haya colado en las decisiones de Máñez, como demuestra el caso del mismo Petreyo, personaje principal.

Con la libertad que solo la creación literaria puede conceder, el autor compone un drama teatral que, intencionalmente cercano en su forma a la tragedia en el teatro de la Grecia clásica, transita de manera indistinta entre conceptos atemporales como las luchas por el poder para, sin solución de continuidad, incluir otros como las ansias de libertad e igualdad que todavía tardarán varios siglos en materializarse como valores sociales necesarios en las vidas de los seres humanos. Por eso mismo no resulta extraño que aparezcan expresiones como “memoria histórica” en boca de una de las protagonistas.

Como en anteriores ocasiones, Paco Máñez no desaprovecha la oportunidad para buscar la complicidad del lector-espectador. Así, al tiempo que nos presenta una historia de profunda carga emocional, de relaciones tormentosas en las que se mezclan el amor y el odio, la pasión y la traición, el valor y el temor, también nos exige un primer esfuerzo para reconocer las referencias a distintos momen-

tos de nuestra historia —de Petrer, de nuestra cultura como pueblo valenciano y de un sentimiento de país—, para después proyectar una visión teatralizada de acontecimientos que nos toca vivir. Sobre ellos nos llama a la reflexión y nos muestra de nuevo ese dolor casi noventayochista de Paco por las gentes de su pueblo y su país. No renuncia tampoco el autor a ese espíritu crítico que lo ha acompañado toda su vida y que renueva con la misma intensidad haciendo que una parte de sus personajes de *Villa Petraría* se rebelen contra la desmesura del poder del Imperio manejado por unos pocos.

Siguiendo la trayectoria vital y creativa de Paco Máñez no nos equivocamos si esperamos que también en esta obra nos ofrezca un mensaje de fondo, una referencia a valores que para él son fundamentales y que muchos compartimos. En este punto me he sentido especialmente preocupado por las referencias a la dignidad, la honestidad y la lucha por la justicia con que una buena parte de los seres de su obra *Villa Petraría* se guiaban. De igual forma, Paco nos las reclama a quienes habitamos esta villa en la actualidad.

ALFONSO LACASA ESCUSOL

ALCALDE DE PETRER

EL CAMINO HACIA VILLA PETRARIA

Podríamos decir que, con esta nueva aventura en nuestro suelo patrio, incorporamos a los herederos de los primeros habitantes iberos que se curtieron con el conocimiento de sus transacciones con fenicios, etruscos, cartagineses, griegos y romanos llegados a las costas litorales, estableciendo relaciones comerciales con todo el Mediterráneo hasta que la ambición de cartagineses y romanos, insaciables, tras fundar las colonias, emprendieron la dominación de los estados de sus vecinos. Roma, la más fuerte, acabó conquistando medio mundo, además de Hispania.

La explotación de estas tierras fue fructífera durante el establecimiento de Villa Petraría como núcleo de su producción agraria, palacete residencial para la familia propietaria de la villa y como centro de mando local y control ante la superioridad en Ilice de sus focos de producción cerámica y agrícola, territorios señalados con el nombre de Petrer, en relación al empedrado de la calzada romana que pasa desde Ilice al interior de la Hispania romana.

Fue después del estreno de la primera parte de *La Rendición*, en el año 1997, cuando los miembros del grupo de teatro, radiantes de alegría y emocionados, me expresaron su deseo de que continuara escribiendo más teatro, revelándoles que en mi mente anidaban esbozos de la Hispania romana con relación a nuestro asentamiento rural llamado Villa Petraría, origen del nombre de Petrer, no como pue-

blo, sino como el primer inicio del núcleo de explotación romana con las comunidades íberas naturales de esta tierra, siendo los árabes los que a partir del año 711 entraron en la península y, siglos después, construyeron el castillo encima de la atalaya de vigilancia ya utilizada por los romanos, y configuraron un nuevo pueblo según el diseño universal de ciudad musulmana depositando sus raíces árabes, tal como la conocimos, desde las faldas del castillo hasta las puertas que cerraban la ciudad, núcleo antiguo que hasta primeros del siglo pasado los habitantes centenarios recordaban por sus paseos “*pels carrers dels cavil·les*”.

Es difícil de explicar cómo, desde mi interior, me fue dictada la trama de *Villa Petrarica* a medida que en mi cerebro bullían y se forjaban situaciones llenas de amor y odio..., de vida, con analogía de voces que iban marcando los pasos de la comunidad de sirvientes y esclavos, con sus cantos de lucha aclamando por las libertades perdidas de la lejana Iberia. Después de mucho tiempo dedicado a leer textos históricos, en mi mente se me aparecían figuras sin rostro y escuchaba el sollozo y la cólera de los protagonistas. Por mi cerebro se iba proyectando una película que yo reproducía en el papel de todo cuanto veía y escuchaba, adentrándose en mi alma la melodía de su música que siempre era la misma: el adagio del ballet *Espartaco*, de Aram Khachaturian.

En este trabajo había algo misterioso que se adueñada de mi cerebro, que bullía dentro de mí. Los hijos de la vieja Iberia, nuestros antepasados, sometidos a Roma, me hacían sentir su lamento y sus ecos, con las emociones y miserias de aquellos tiempos en los que el dominio de los fuertes imponía, con la fuerza de las armas, una nueva cultura y un nuevo orden universal.

Villa Petraria culminó con mi más ferviente deseo de penetrar en aquellos tiempos de esclavitud y el desuso de su cultura. Cultura ibérica heredada de los hijos de los iberos que bajaron de las montañas al encuentro de la nueva Hispania romana que, al mismo tiempo que les acechaba con sus armas, con su cultura les mostraba un mundo con nuevas luces.

La búsqueda de información de cómo se desarrolló la vida en Villa Petraria fue baldía, pues no encontré ni siquiera una aproximación del desarrollo humano del funcionamiento de las villas. Tan solo los informes de los arqueólogos que habían estudiado los hallazgos del Petrer romano, como el mosaico, los baños, la necrópolis y los hornos. Durante estos últimos años me impactó el hecho de que, en el desarrollo de las excavaciones realizadas en las calles Julio Tortosa y La Fuente, en el solar donde se levantaba la vivienda donde yo nací y mis padres vivieron casi hasta el final de sus vidas, afloraron los hornos romanos.

Habían transcurrido más de 1.600 años y allí podría ser que surgieran los últimos momentos del fin de todo lo que supuso Villa Petraria, pues las tejas que se hallaron dentro de los hornos, ante un supuesto abandono, podrían explicar la rapidez de un final trágico que nos hace sospechar la posibilidad del fin de la villa ante el avance de los nuevos conquistadores.

También nos refuerza esta hipótesis el hecho de que, en el examen del mosaico romano, este estuviese cubierto de ceniza, lo que pudo haber sido el principio del fin de la villa, del Imperio, de aquella época que nos trajo aquel periodo determinante en nuestra historia. Ojalá alguna vez se nos desvele este inquietante misterio.

Nada de todo esto hubiese ocurrido si mi atrevimiento no hubiese durado muchos años en este empeño y sin la ayuda inestimable de mi amigo el profesor Salvador Pavía, con su maestría y benevolencia con semialumnos tan osados como yo, que jamás se rindieron en su empeño para seguir acometiendo semejante soporte teatral, si bien la experiencia de *La Rendición* de Petrer fue el mejor acicate para escribir esta nueva tragedia teatral, hija de mi imaginación y fruto de consultas en textos de nuestra Hispania romana.

En la trama de *Villa Petraria*, la personalidad de la mujer del magistrado podría asemejarse a la de la cruel Livia, esposa del emperador Augusto y una de las protagonistas de la novela *Yo, Claudio*; y la de Serperio, jefe de la guardia romana, a la del también *alter ego* Sejano, militar de la época de Tiberio que también aparece en dicha novela, así como que el nombre del niño recién muerto sea Claudio. Pero en realidad se trata de una coincidencia de mi subconsciente, pues nunca leí la novela *Yo, Claudio*, tal como me sugirió Fernando Tendero, ni tampoco seguí la serie cuando se pasó por televisión, si bien es verdad que fue a través del cine, otra de mis pasiones, ante tantas películas de romanos, que enfaticé el espléndido film *Espartaco*, con guión de Dalton Trumbo y dirección de Stanley Kubrick. Y puede ser que algo o mucho de aquel film quedara grabado en el disco duro de mi cabeza.

Igualmente, para resaltar la significación histórica de los emperadores de origen hispano y comprender mejor la evolución política, social y cultural del Imperio romano, ha sido necesario introducir en la trama argumental de la obra algunos anacronismos, pues estos personajes

relevantes, como el filósofo Séneca y los emperadores Trajano, Adriano y Marco Aurelio, aparecen en la escena histórica realmente mucho más tarde, concretamente en los siglos I y II d. C.

Sin duda de todos los personajes de esta tragedia nada sabemos, pues nacieron, vivieron y murieron en mi cerebro, por lo tanto son inocentes de sus acciones, convicciones y discursos. A través de ellos se desplomó el peso de la historia, con sus notas de amor, humor, humanidad y crueldad, según el diseño de mi cerebro creado para su historia futura, que les deseo sea larga y fecunda, simbolizados en todo el cuadro de personajes y situaciones que nos recordarán momentos de valores históricos pasados de nuestras vidas y otros que todavía existen sin resolver en nuestra sociedad.

Fueron determinantes para este atrevido autodidacta enamorado de la cultura que nació y fue amantado por su madre, María, junto a los libros de la primera librería del pueblo que montó mi padre, Casildo Máñez, Quijote intuitivo, además de pionero y visionario comercial en tiempos de carencias y frío de hambres en los años difíciles de la posguerra. Como mi padre, osado emprendedor comercial, desde niño yo sigo con las energías culturales que anidan en mi nube, pues es cierto que somos lo que siempre fuimos.

En esta obra se aprecia también una visión personal de la historia, porque a la historia, como nos dijo Américo Castro, lo fundamental es comprenderla, pues en su desarrollo están latentes muchas historias de la propia historia, con su cruda realidad de millones de víctimas que no cesan de elevar la pira universal de cadáveres, de seres humanos que son, a su vez, la obra más grandiosa de toda la creación. Y, en contraposición, es también apocalíptica y

sombría la memoria histórica que acompaña al ser humano en su viaje por este mundo inhumano y sangriento que no cesa, impunemente, de asesinar a los herederos de esta humanidad única que habita el maravilloso cosmos, en este mundo llamado Tierra.

Y ya para finalizar debo agradecer a la Concejalía de Cultura y Patrimonio, con su flamante titular Fernando Portillo al frente, la cuidada publicación de la obra, en cuya edición y revisión ha colaborado con esmero Juan Ramón García, técnico municipal de Cultura.

Valga también mi gratitud, por su aportación y asesoramiento histórico, a los arqueólogos Concha Navarro y Fernando Tendero, especialistas que más información poseen de la villa romana y sus explotaciones agrícolas y alfareras.

Capítulo aparte merecen las enseñanzas durante estos años de mi amigo el profesor Salvador Pavía, ya que sin “sus clases” me hubiese sido imposible su culminación, junto al entusiasmo demostrado y positiva valoración de la obra teatral ya concluida, así como por el interés de asistir a su representación escénica.

Mil gracias a todos los que han colaborado en este proyecto, al imprescindible Juan Miguel Reig, director, actor, figurinista... y artista que ya desea tener en sus manos la dirección, y a Manolo Moll que, según me dice, ya la sueña y la recrea en el espectacular escenario del parque 9 d’Octubre, que nos recuerda aquel otro sueño escenificado en el parque durante el cincuentenario de la comparsa Moros Nuevos, titulado “Sueño en la antigua medina de Bitrir”, ya casi olvidado.

Nada de todo esto hubiese sido posible sin el especial apoyo del grupo de teatro Arenal, con sus excelentes ac-

tores que empezaron de jóvenes y algunos ya son abuelos, como Sebastián Tenés, Manuel Moll, Manuel Amat, Mari Carmen Rodríguez, Antonio Joaquín Navarro, Silvestre Navarro, Andrés Díaz Camarasa, José María Navarro, Emilio Martínez, Mensi Romero, Reme Amat, María Teresa Valdés, Guadalupe Pina, Carmen Baidés, Carmen Tere Pla, Reme Payá, ni los jóvenes actores que han tomado el relevo y dado continuidad a la representación de *La Rendición*, como Francisco Cabrera, Andrés Díaz Gil, Yari Juan, Dani Montesinos, Tomás Mollá, Pepa Sarrió, Jesús Campello, José Emilio Albujer, José Torres, Prisca Fernández, Carmen Iborra, Luciano Márquez, Fernando Moltó, Adrián Agulló y el ballet de danza de Dori Andreu, junto a las filas y comparsas de nuestra fiesta que participan tanto en el desfile previo como en la propia escenificación, entre las que destacan especialmente las filas Jaime I y Blanca de Castilla. También agradezco la colaboración de la Unión de Festejos San Bonifacio, Mártir, tan necesaria y vital, engrandecida por el enorme esfuerzo de sus miembros directivos que creyeron en la visión de Hipólito Navarro Villaplana de unir la fiesta con la cultura, siendo todos ellos los responsables que encendieron la mecha de esta producción que dedico a cada uno de mis queridos amigos y conciudadanos amantes de la cultura y del teatro. Muchas gracias a todos.

FRANCISCO MAÑEZ INIESTA

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

“Los romanos no intentaron transformar las estructuras del País Valenciano hasta la época Augusta, limitándose a esquilmarlo a través de la rapiña de sus funcionarios y del ejército.”

Mas Ivars Editores
Nuestra historia

“Las ruinas solo dejan de ser ruinas cuando el visitante es capaz de insuflarles un poco de la vida de antaño.”

“Para mucha gente, Roma no suele ser más que un ejército conquistador, o un pueblo de campesinos o el código o el honor de los combates del anfiteatro.”

“Una civilización es una realidad compleja y evolutiva: la de Roma, a la que Occidente debe tanto; duró diez siglos, mil años.”

Jean Claude Fredouille
Diccionario de civilización romana

EN EL PRINCIPIO FUERON LOS IBEROS

Los iberos fueron los primeros que nos dejaron sus huellas históricas como pueblo disperso en la antigua Iberia, con resonancias inciertas de la Atlántida hundida en el océano Atlántico, si bien pudieron ser supervivientes de aquel colosal naufragio. En el principio de su historia tuvieron contacto con los fenicios, etruscos, cartagineses, griegos y romanos a medida que llegaban a las costas marítimas, como demuestra la circulación de utensilios y piezas artísticas de estas culturas y también porque los griegos y los romanos nos han dejado textos sobre esta singular cultura y su manera de negociar con las mercaderías.

Herodoto, en su obra *Historias*, relata cómo lo hacían: los barcos, al llegar a la costa, dejaban las mercancías y se alejaban haciendo señas de humo. Los iberos se acercaban y dejaban al lado sus mercancías y oro para el intercambio, luego se alejaban y los forasteros volvían otra vez a tierra para ver cómo habían sido valorados sus productos; si estaban de acuerdo, se llevaban lo expuesto y se iban, si no regresaban a sus barcos y esperaban una mejor oferta. Este intercambio silencioso se practicó durante mucho tiempo y se cree que es el responsable del enriquecimiento de los jefes iberos.

Según el historiador José I. Lago, los autores antiguos describen a los guerreros iberos vestidos con túnicas cortas blancas con ribetes de púrpura y sus singulares espadas,

llamadas falcatas, en la mano. Probablemente las túnicas no fueran blancas, sino del color natural de la lana, al igual que ocurre con las togas romanas, y probablemente la púrpura de los ribetes no fuera tal, sino una franja de color escarlata. En realidad, es evidente que todos los guerreros no vestían de igual manera, ni mucho menos, pero esta indumentaria sí que era la más corriente y era por la que los romanos identificaban a los iberos dentro del ejército de Aníbal. Una estética que es la más repetida en el arte ibero.

Aunque hablamos genéricamente de pueblo ibero, en realidad eran tribus y etnias asentadas en el levante y sur peninsular, y las conocemos gracias a los autores clásicos, siendo algunas de estas tribus los ilergetes, edetanos, contestanos, bastetanos, etc. correspondiendo cada una de ellas a una región. Nuestra zona correspondería a la Contestania ibérica.

El pueblo ibero basaba su economía y alimentación en productos básicos que posteriormente heredarían los romanos: cereal, vino y aceite, “la tríada mediterránea”. También eran ganaderos y consumían carne de sus rebaños y de lo que cazaban en los bosques y prados próximos.

Esta sociedad producía piezas alfareras como tinajas, cuencos y olpes que, en muchas ocasiones, decoraban con motivos figurativos que representaban escenas cotidianas, y con motivos simbólicos que permiten interpretar su religiosidad, basada en las divinidades de la tierra y la fecundidad.

Con la llegada de las tropas cartaginesas y romanas es cuando en las ciudades ibéricas se comienza a acuñar sus propias monedas, ya que anteriormente se utilizaba el trueque de productos como sistema económico.

En general era una sociedad elitista, estando en la parte superior los guerreros, quienes batallaban contra otras tribus por controlar los territorios fronterizos.

Como se ha dicho anteriormente, los iberos no llegaron nunca a alcanzar una unidad antes de ser sometidos a la voluntad de Roma. La Contestania, que comprendía el sur de la actual provincia de Valencia, toda la de Alicante y parte de la de Murcia, formaría parte de la posterior provincia romana de la Tarraconense, y sus habitantes tuvieron relaciones comerciales con fenicios, griegos y romanos, y sostuvieron acuerdos militares con Roma.

El pueblo estaba representado por un rey o caudillo que actuaba como jefe militar y única autoridad. La mujer se casaba entre los 13 y 17 años, y si a los 20 no era madre, incurría en penas contra el celibato y la carencia de hijos, siendo más frecuentes las que se interesaban por la marcha del mundo tomando parte activa.

En el derecho romano el esclavo era considerado como cosa (*res*), considerándolo como un instrumento dotado de voz al que hay que sacarle el máximo partido, llegando a situaciones crueles e inhumanas sin ninguna condición jurídica, además de no poder contraer matrimonio legal. Los esclavos dormían en los establos junto a los animales y comían todos juntos bajo la supervisión de los capataces, y sus castigos eran espeluznantes, aparte del encadenamiento, apaleamiento, la mutilación y en algunas épocas, según el emperador de turno, la muerte o la tortura previa con crucifixión.

Catón aconseja cómo tratar a los esclavos: “No es necesario ser amable con los esclavos; basta con tener cuidado de que no sufran ni frío ni hambre”, y recomienda a los capataces que les hagan trabajar duro, ya que la ociosidad favorece el robo y el crimen. También añade Marc Bloch que el esclavo es un mal trabajador de rendimiento bajo y además perecedero, pues si muere uno, el patrón pierde la

suma que tenía que haber sido amortizada a lo largo de la vida del esclavo, además de los altos gastos que suponía la vigilancia. Carencias que no se dejan sentir cuando el precio de los esclavos es bajo, ya que se podía explotar hasta la extenuación de sus capacidades físicas, y los muertos eran rápidamente sustituidos por otros, situación que se produjo en la época tardo-republicana.

En el último tercio del siglo II a. C. y en el primero del siguiente, se produjeron una serie de revueltas como el exponente más claro de las contradicciones sociales del sistema esclavista, con insurrecciones en proporciones geométricas, siendo costumbre crucificar a los prisioneros y a los más rebeldes.

A medida que avanzaban los tiempos era más difícil conseguir mano de obra esclava para los trabajos agrícolas, ya que esta fue aumentando de precio. En consecuencia, las tierras se fueron parcelando y entregado a colonos libres. Así, el colono libre se configuraba como la mano de obra del Bajo imperio, que poco a poco se iba transformando en un campesino. Mediante el colonato los grandes propietarios se aseguraron mano de obra que trabajaba sin necesidad de usar el látigo, y el Estado encuentra el medio de recaudar los impuestos que gravaban la producción agrícola.

Por su parte, la arqueología nos indica que Villa Petraría sería una finca particular de explotación agrícola e industrial, donde residía su propietario con su familia y el personal doméstico, y que tiene su origen en el siglo I d. C. y es abandonada a finales del siglo VI d. C..

En el año 1975 aparecieron los restos arqueológicos correspondientes a un mosaico, y en su examen los expertos observaron que lo cubría mucha ceniza. También

se evidenciaron restos de termas en la zona situada entre la actual calle Constitución y el Banco Popular de nuestra población, siendo la zona de la villa más lujosa y acomodada, y muy cerca de este entorno aparecieron restos de una necrópolis, seguramente del dueño de la explotación familiar.

La zona donde vivía la mano de obra esclava y el personal vinculado a las tareas de la finca estaría ubicada en una parte concreta de la villa cerca de las áreas de explotación y almacenes para guardar el grano y las herramientas, y corrales para la cría de animales; además existían las zonas donde se elaboraban los vinos y el aceite, y se almacenaba la producción agrícola e industrial.

Los hornos aparecieron, según nos demuestran las excavaciones realizadas, entre la plaza de Baix y la calle La Fuente, junto a restos de ladrillos y tejas, materiales para la construcción habitual, rodeados de huertos para el uso diario.

El 17 de septiembre de 1990 se publicó en el diario *Información* la noticia del descubrimiento en Petrer de una gran necrópolis romana, y en ella un mausoleo para la familia del terrateniente, lo que debía de conferir a Villa Petraría un cierto poderío y nobleza sobre toda la comarca durante los siglos II al IV d. C., según el arqueólogo Miguel Benito.

Debió ser el panteón de una familia de terratenientes dedicados a la explotación agrícola. Posiblemente las paredes eran de adobe y la techumbre de teja plana y redonda. Las lápidas muestran las marcas de los sellos efectuados, como ritual, con los dedos y la disposición de los nichos era bastante similar a la de la actualidad. Junto a los restos constructivos fueron hallados restos de animales y gran

cantidad de cerámicas (cabra, vasijas y jarras), concentrados en una zona concreta, ya que era costumbre celebrar banquetes funerarios en honor a la persona fallecida.

Por las dimensiones de otra villa romana existente en la partida de Caprala, fechada en los siglos I y II d. C., sabemos que se dedicaría a la explotación agrícola. Y próxima a las villas existió la calzada romana que atravesaba estas tierras hacia el interior de la península, estando muy bien diseñada. Estas vías posteriormente se convirtieron en carreteras nacionales.

La población autóctona de la zona fueron iberos que bajaron de las montañas, amantes de sus convicciones, conservando su cultura y sus ritos en todas sus facetas.

En la composición de la trama de *Villa Petraria* no se ha seguido ningún paralelismo editado, ni los personajes se han inspirado en ninguna obra que pudiese parecerseles. De ser así, sería pura casualidad.

FRANCISCO MÁÑEZ INIESTA

LA HISTORIA DE VILLA PETRARIA

Petrer es un municipio alicantino situado en la parte central de la provincia, en el corredor del río Vinalopó que vertebra este territorio. Desde época prehistórica este eje ha sido camino de unión entre la costa mediterránea y la meseta peninsular. Por ello, a lo largo de la historia, las diversas sociedades y culturas dejaron su impronta en nuestras tierras que han ido conformando nuestra sociedad actual.

Una de las culturas que más han condicionado nuestro día a día es la romana. Durante el periodo imperial en el centro histórico de Petrer existió Villa Petraría, denominación acuñada en 1975 por Enrique A. Llobregat Conesa, director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, que vino a nuestra población al notificársele la aparición del mosaico polícromo en la entonces calle 18 de Julio.

Villa Petraría era una finca rural destinada a la producción agropecuaria y que se basaba en un sistema esclavista, teniendo sus orígenes en las villas griegas del siglo V a. C. Para el agrónomo gaditano Columela (siglo I d. C.) la villa romana modélica debe distribuirse en tres partes: *pars urbana*, *pars rustica* y *pars fructuaria*. La *pars urbana* corresponde a la zona de vivienda del dueño desde donde este dirigía la villa, vivía y organizaba toda la explotación agropecuaria. En Petrer correspondería con la calle Constitución y donde se sitúa el Ayuntamiento y el Banco

Popular. La *pars rustica* es la parte donde se alojaban los esclavos y se situaba la cocina y los establos. Actualmente corresponde al lateral de la plaza de Baix donde está situado el Museo Dámaso Navarro y la Casa del Fester. Por último, la *pars fructuaria* corresponde a la zona destinada al almacenamiento y transformación de todos los productos producidos en los campos y bancales pertenecientes a la villa. En Villa Petraría, además de los productos agrícolas, sabemos que producían materiales de construcción —básicamente tejas y ladrillos— para distribuirlos en los mercados próximos, debido a que la existencia de cuatro hornos resultaba excesivo para un uso doméstico.

Creada por un rico propietario, los tratadistas agrónomos indican que las villas preferiblemente deben asentarse en colinas, junto a zonas llanas que presenten una gran fertilidad agrícola para poder poner en explotación estas tierras y junto a cursos fluviales. También deben de buscar la proximidad de lugares boscosos de donde aprovisionarse de leña y frutos y donde poder cazar animales silvestres. Y sería preferible disponer, en un entorno cercano, de la existencia de minas de arcilla y canteras de piedra para la construcción de la villa y sus continuas reformas que el mantenimiento de la finca acarrearán. Por último, junto a todos estos condicionamientos medioambientales, también es fundamental contar con la cercanía de las vías de comunicación para poder conectar la villa con los mercados próximos en los que poder vender la producción o donde poder poner la mercancía en circulación.

A poco que nos fijemos, podemos reconocer las características descritas en el actual centro histórico de Petrer y en la antigua Villa Petraría: la población se sitúa a las faldas de la colina donde se asienta el castillo, junto al curso

fluvial de la rambla de Puça y rodeada de fértiles campos que han sido cultivados por todas las generaciones de petrerenses hasta que, a mediados del siglo XX, la industria del calzado y marroquinería comenzó a ganar mayor importancia económica. Del mismo modo, no podemos obviar que Villa Petraria se encontraba a escasos kilómetros de El Monastil (Elda), siendo el núcleo de población más importante de la comarca, tanto en época ibérica como romana. Y también muy próxima discurría la importante vía de comunicación que conocemos como Vía Augusta, que era una calzada —como nuestras actuales autopistas— que discurría por la península Ibérica desde los Pirineos hasta Gades (Cádiz). Esta vía se bifurcaba en dos ramales en la zona de Villena, dirigiéndose uno hacia Ilici (La Alcodia, Elche) y Carthago Nova (Cartagena), debiendo de discurrir, seguramente, por las tierras del Vinalopó.

En el año 1975, hace ahora 40 años, se produjo un descubrimiento arqueológico que provocó la curiosidad y admiración de la población petrerense: como se ha indicado anteriormente, el 11 de septiembre, durante unas obras efectuadas en la calle 18 de Julio —actual Constitución—, apareció un mosaico romano polícromo de grandes dimensiones representando varias figuras geométricas que fue fechado en el siglo IV d. C. Durante las labores de excavación y documentación del mismo, a los pocos días, salió otra porción del mismo mosaico, aunque con un motivo geométrico distinto. Este hecho supuso que la población de Petrer conociera que el pasado histórico de la villa no comenzaba en el periodo islámico, sino que debía remontarse al periodo romano.

Villa Petraria tuvo un amplio desarrollo en el tiempo, ya que su origen se remonta a mediados del siglo I d. C.,

al igual que otras villas de nuestra zona, y debe de abandonarse a lo largo del siglo VI d. C. Gracias a las intervenciones arqueológicas realizadas en las últimas décadas, podemos plantear la hipótesis de hasta dónde llegaba la villa romana, e indicar que tuvo unas dimensiones que sobrepasaba la hectárea, extendiéndose a grandes rasgos por la calle La Huerta, La Fuente, la plaza de Ramón y Cajal —junto a la iglesia parroquial de San Bartolomé—, calle Mayor, plaça de Baix, calle Cánovas del Castillo, plaça del Derrocat, Luis Chorro y calle Constitución.

A continuación vamos a exponer los hallazgos más significativos que se han producido en Petrer relacionados con Villa Petraria: mosaico, termas, necrópolis, zona artesanal y vertedero.

Mosaico. Apareció un mosaico policromo fabricado en *opus tesellatum*, con teselas cuadrangulares, combinando cuatro colores: blanco, negro, rojo y amarillo. Crea un motivo decorativo combinando formas geométricas, mientras que una cenefa separa los dos motivos decorativos. El primero de ellos se compone de octógonos formando cuadrados flanqueados de hexágonos elípticos. Estos presentan internamente otro cuadrado o hexágonos más reducidos, composición que se rompe cuando el motivo se adapta a la inflexión que le impondría las características arquitectónicas de la habitación que sería poligonal y formaría parte de la *pars urbana* —o residencia del propietario de la villa—. El segundo de los motivos lo componen círculos formando cuadrados curvilíneos que contienen otros más reducidos. La cronología del mosaico, como se ha indicado anteriormente, parece enmarcarse en el siglo IV d. C.

Termas. Durante la construcción del actual Banco Popular, en la calle Miguel Amat, aparecieron unos materia-

les arqueológicos —como son los ladrillos circulares que se colocan unos encima de otros formando pilares— que permitían hablar de la existencia de unas termas. Este hecho no sería descabellado debido a que este tipo de construcción se situaba en la *pars urbana*, para uso y disfrute del dueño de la villa y su familia.

Necrópolis. Las necrópolis solían situarse fuera de los núcleos urbanos, cerca de los caminos o vías de comunicación, en donde se podían encontrar mausoleos o monumentos funerarios que solían construir las ricas familias. Los cadáveres eran incinerados y depositadas las cenizas en urnas de piedra o bronce, o bien, a partir del siglo II d. C., eran inhumados, enterrándose el difunto con objetos de adorno o de uso personal (ajuares funerarios). Los tipos de sepultura eran diversos, desde ánforas cortadas a tumbas con tejas. También se encuentran cistas de piedras colocadas de forma vertical y cubiertas por grandes losas o por tejas. Excepcionalmente encontramos sarcófagos de piedra o mármol como el que apareció en Petrer. Sabemos que existió un sarcófago tallado en mármol del que apenas conservamos dos fragmentos recuperados durante la restauración del castillo. A pesar del reducido tamaño de los fragmentos, una teoría indica que podrían representar una escena de *Traditio Legis* en el que aparece en el centro la figura de Jesucristo y varios personajes a ambos lados. La cronología del sarcófago se fecha en el siglo IV d. C.

A comienzos de los noventa del siglo XX, en la excavación arqueológica en la calle Mayor, se identificó un recinto funerario fechado entre los siglos II y IV d. C. con dos salas, una para enterramientos infantiles y otro de funcionalidad ritual para realizar banquetes funerarios. Además, se halló una cista sin material óseo.

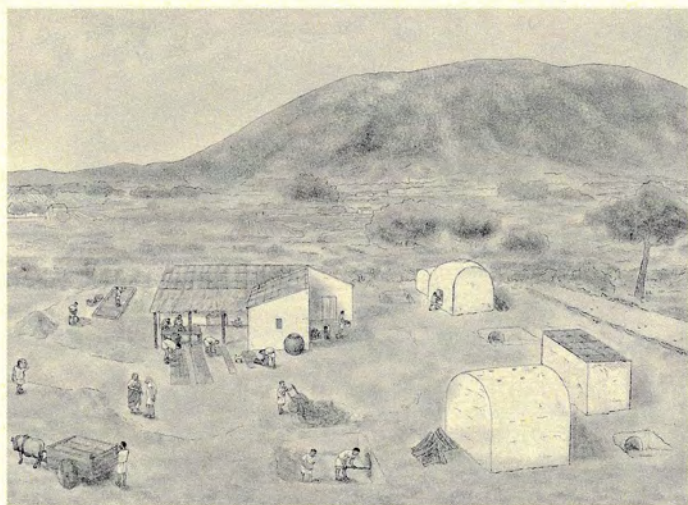
Barrio artesanal. Se extiende por las calles Julio Tortosa, La Fuente y La Huerta. Tras una intervención arqueológica en la zona central del solar se hallaron muros romanos hechos en mampostería trabados con tierra pudiendo distinguir dos fases de uso: alto y bajo imperial. En la primera de ellas –siglos IV - VI d. C.– hay una serie de estancias rectangulares usadas como almacenes; la segunda corresponde a un nivel más antiguo –siglos I - principios IV d. C.– y presenta cuatro hornos además de una gran fosa-vertedero. También una serie de fosas y cubetas que se convertirán en vertederos, aunque en un primer momento se dedicarán al trabajo de la arcilla y decantación. Por tanto, con los restos hallados nos situamos ante otra de las partes de Villa Petraría, la *pars fructuaria*. Se trata de un complejo alfarero con estancias rectangulares para talleres y área de hornos, junto a fosas y cubetas para decantar arcilla, centrándose su uso entre el siglo II y comienzos del siglo IV d. C.

Vertedero. Se trata de un basurero romano situado en la parte periurbana de Villa Petraría, con una cronología centrada en los siglos V y VI d. C., y posiblemente hasta comienzos del siglo VII d. C. Situado en la calle Luis Chorro, tras una excavación arqueológica se documentó la existencia de seis vertederos de forma irregular y diversos tamaños. Se realizaron en época romana cavando hoyos en el suelo y se rellenaron con los desperdicios generados en Villa Petraría: materiales de construcción, fragmentos de ánfora y, en menor medida, vajilla de mesa. Excepcionalmente, aparecen fragmentos de los huesos de los animales consumidos en Villa Petraría.

CONCEPCIÓN NAVARRO POVEDA
FERNANDO E. TENDERO FERNÁNDEZ

*A mis padres, a mi familia,
a mi pueblo y a cada uno de mis amigos
amantes de nuestras muchas culturas
que tanto nos enriquecen*

VILLA PETRARIA



Recreación del taller alfarero de Villa Petraría a partir de los restos documentados en la excavación arqueológica de la calle La Fuente (dibujo de Pilar Mas).

ESCENOGRAFÍA

El montaje y desarrollo escénico de la obra teatral se sitúa en diferentes lugares del centro histórico de Petrer donde se han realizado intervenciones arqueológicas que han permitido identificar las partes de la villa bajo la actual población.

TÓTEM SAGRADO MONTE DEL CID

Territorio ibérico perteneciente a la Contestania, con restos documentados desde el siglo IV a. C. en la Sierra del Caballo, que pasaría a ser Hispania, provincia del Imperio romano, a partir del siglo II a. C., y conservando restos de esta época en el entorno de las calles Constitución, plaça de Baix y Cánovas del Castillo, situadas en el casco antiguo de la población a partir del siglo I d. C.

VILLA PETRARIA

Los restos arqueológicos descubiertos en los últimos cuarenta años, nos permiten hablar de la existencia de una importante villa situada en el subsuelo de la plaça de Baix y calles adyacentes. La excavación del mosaico romano descubierto en la calle Constitución, reveló la presencia de una capa de ceniza depositada sobre el mismo, lo cual nos hace pensar que un gran incendio pudo ser el causante de la destrucción de Villa Petraría.

TERMAS

En la calle Cánovas del Castillo, la aparición de numerosos ladrillos circulares utilizados como pequeños pilares, se interpretó como que en este lugar existieron unas termas o baños, formando parte de la vivienda del propietario de la villa.

POBLADO IBERO-ROMANO

Ubicado en la plaça de Baix, correspondería al patio o atrio de la villa romana que daría acceso a las distintas habitaciones y áreas de trabajo de la explotación agrícola y artesanal de la finca.

TALLER ALFARERO

La excavación del amplio solar delimitado por las calles Julio Tortosa, La Fuente y La Huerta, permitió conocer la existencia de un taller alfarero con hornos, almacenes y cubetas para la decantación de la arcilla que estuvo en uso entre el siglo III y comienzo del siglo IV d. C.

NECRÓPOLIS ROMANA

La intervención arqueológica realizada al comienzo de la calle Mayor desveló la existencia del posible cementerio romano situado en las afueras de la antigua villa.

REPARTO

MAGISTRADO

Responsable político de la villa

MAGISTRADA

Esposa por el dominio de su entorno

PETREYO

Hijo del magistrado y víctima del desamor de sus padres

CLAUDIO

Niño, hermano de Petreyo

AGNIE

Sacerdotisa que practica la herencia de los antiguos dioses, hija del jefe de la resistencia

SERPERIO

Jefe de la guardia del asentamiento militar

MATERO

Padre de Agnie y líder de la lucha contra el Imperio

SALÓNDICO

Viejo sabio situado entre dos mundos

LEUTON

Discípulo de Salóndico

INDEVIL

Luchador por la libertad

AMBÓN

Antiguo esclavo de las minas, ciego

JULIA

Esposa de Curcio

CORINA

Joven esposa de Valerio

ANTONIA

Esposa de Jesano

ALCURNIA

Esposa de Cinero

CURCIO

Capataz de producción

VALERIO

Capataz, de mayor edad, en Caprala y Gurrama

JESANO

Capataz de producción alfarera

CINERO

Capataz de producción

CESARÓN

Organizador de la muestra textil popular

DOMICIA

Encargada de la muestra textil popular

Gentes del pueblo, soldados, vírgenes, sirvientas,
esclavos, músicos (dos flautas y tamboril)
y tres jurados de la muestra textil popular.

PRIMER ACTO

La acción se desarrolla en los últimos años del fin del Imperio romano.

ESCENA I

(Escenario oscuro envuelto en una tormenta. Lluve, hace mucho viento y los fuertes relámpagos iluminan la escena que muestra la sierra del Cid, símbolo de la Gran Sierra del pueblo ibero. En el centro del escenario hay una cueva que se protege de la lluvia y dentro de ella, a espaldas del público, una sacerdotisa vestida a la vieja usanza ibérica, llevando el vaso sagrado, invoca a la gran Madre, a la naturaleza. Su vestido de ceremonias es semejante al de la Dama de Elche.)

SACERDOTISA.— ¡Oh, Gran Madre del pueblo ibero! Aplaca tu ira que nos enloquece y sobrecoge de espanto. Ten piedad de tus valientes hijos que a nada humano temen. Dirige tus rayos de fuego y muerte sobre el extranjero asesino que tiraniza y somete a los pueblos a la esclavitud.

(Continúa la tormenta que cada vez es más fuerte. La sacerdotisa levanta el vaso hacia los cielos, deja caer la cabeza sobre su pecho y entra en trance.)

¡Gran Madre! ¡Excelsa Madre! No nos abandones. Pruebas suficientes te hemos ofrecido de nuestro arrojo ante la adversidad. Las cicatrices de nuestros hombres y los campos repletos de las cenizas fértiles de nuestros héroes muertos son nuestra ofrenda perpetua a ti. Ampara a tus hijos que siempre lucharon a muerte por la libertad y también tendieron su mano generosa ante el nuevo amigo. ¿Acaso, Gran Madre, no fueron muchos los pueblos extranjeros que entraron por las puertas abiertas de nuestros mares y se asentaron en esta tierra fértil que todos de ti heredamos, fundiéndonos con su sangre? Acuérdate de los fenicios, que nos cautivaron con sus preciados productos que nosotros ignorábamos... Y los sabios griegos, guiados por Kolaïos, con sus artes y su ciencia... Y con todos compartimos los bienes. Pasado aquel tiempo dichoso, ¡oh, desgraciada ventura!, el terrible Amílcar desató nuestra cólera cuando vimos que nos expoliaba y perdíamos la libertad. Y dijimos adiós a aquellos días felices y hermosos, mientras templábamos nuestro espíritu y pulíamos nuestras falcatas para resistir la lucha. Tu pueblo, valiente, entró en combate batallando en esta tierra contra cartagineses y romanos, ¡grandes ejércitos que ensombrecieron de terror esta tierra! Sólo Asdrúbal instituyó un tratado de paz y estrechó lazos de hospitalidad. Y aunque es cierto que perdimos a muchos de nuestros mejores guerreros y que, también, muchos de los nuestros nos traicionaron vilmente, más cierto fue que tu pueblo jamás se rindió. ¡Oh, Madre nuestra! ¿Qué cruel destino nos

acecha? ¿Adónde se dirige el camino de espinas que recorren tus hijos afligidos? ¿Hasta cuándo el sufrimiento, el llanto y la rabia de tu pueblo?

(La tormenta remite y una tibia luz comienza a iluminar la sierra del Cid. La sacerdotisa sigue en trance, al cabo del rato prosigue su locución más íntima y vencida.)

Madre nuestra que todo lo puedes, ¡escúchame! Soy tu hija que te pide con humildad que disipes las dudas que confunden nuestra mente. Caminamos turbados sin saber hacia dónde nos guías. Nada sé, ¡infeliz de mí!, del destino oscuro de nuestro pueblo. Tampoco tengo respuesta a tanto dolor, ni al misterio del mundo que nos llena de zozobra. Nadie sabe nada, los muertos no vuelven con noticias. Tampoco las gentes que llegan buscando mejor vida, siguiendo el largo camino de las estrellas. Temo a la oscuridad de mi noche atormentada, confinada por el gran misterio que se ciñe sobre la tierra; a la terrible ceguera que nos impide saber qué somos y hacia dónde nos dirigimos si nos falta tu ayuda. Tú que convives con los dioses que guardan celosos los grandes misterios, pregúntales qué nos espera al final de esta lucha a muerte que no cesa. ¿Hasta cuándo el tenebroso destino será nuestra guadaña implacable? ¿Cómo aliviar con dulzura el dolor de la herida sangrienta de nuestro pueblo? ¿Cómo cantar a la vida con alegría, cuando nuestros hermanos cabalgan por derroteros de destrucción y muerte? ¡Ah, cruel ambición, deseo ignominioso, codicia malvada de Roma que no cesa de abatir nuestras

vidas! ¡Oh, Madre sagrada! Danos fuerza y sabiduría para no renunciar jamás a los dones sagrados que cada día nos dan vida. ¡Cuánta sangre roja derramada de los bravos pechos, Iberia! ¡Qué de azul y verde tinta de tus mares, ríos, montañas...!

ESCENA II

(En el escenario el mismo fondo del Cid. En ambos laterales hay casas. En sus puertas hay gentes sentadas sobre piedras. Un fuerte resplandor azul que poco a poco se va haciendo mayor presagiando la inminente salida de la luna llena. Es una noche de plenilunio. En el centro del escenario gentes iberas, hombres y mujeres, pasean conversando, esperando el momento de celebrar el ritual del plenilunio, para bailar al son de flautas y tambores cantando plegarias a los dioses. La danza será parecida a la sardana, pero con música celta.)

SALÓNDICO.— Pronto saldrá la luna. Se va acercando el momento mágico del plenilunio. Los dioses sagrados, nuevamente, se prestarán a escuchar nuestras plegarias. ¡Falta nos hace!

MATERNO.— ¿De verdad crees que ahí afuera alguien nos escucha? Toda mi vida he esperado a que los dioses me respondieran. Soy ya viejo y pronto moriré sin tener respuesta alguna... Quizá sea éste mi último plenilunio... ¡Sólo sé que debo permanecer siempre erguido como los árboles sagrados!

SALÓNDICO.— ¿Acaso tu hija no te influye en sus conocimientos? Agnie consagró su espíritu a los dioses. Ella nos transmite sus deseos... Los sacerdotes lo saben todo de nuestros dioses. Y tú, Materno, ¿qué sabes?

MATERNO.— No quiero complacerte diciéndote lo que pienso. No quiero dañar tu esperanza. Si destruimos a nuestros dioses, destruimos a nuestro pueblo, pues hay hombres que necesitan tener a los dioses cerca y ahora más que nunca necesitamos de todas las fuerzas, aunque mi experiencia me lleva a no creer que los dioses se ocupen del destino y las acciones de los hombres. Nada he aprendido de mi hija, aunque nunca he hablado sobre esto con ella. Pero nada sé. Sólo sé que siempre acabamos viendo lo que queremos ver, y que nuestra suerte no cambia. Los romanos no cesan de incordiar-nos... Cada vez quieren más y más de nosotros... de Hispania.

SALÓNDICO.— ¡Materno, Materno! Fiel luchador de la libertad y de la independencia de esta tierra. ¿Hasta cuándo, amigo, llevarás la espada en alto? ¿Hasta cuándo, Materno...?

MATERNO.— ¡Hasta la crucifixión si hace falta! Y tú lo sabes bien. Mi lucha cesará cuando tengamos nuestros propios reyes. No los emperadores romanos, cuyas manos usureras y asesinas expolian nuestras tierras. ¡Sí! Esos cerdos que, protegidos por sus legiones, se llevan nuestros metales preciosos, nuestros alimentos... Pero lo que más me duele es que nuestros hombres más fuertes sean sus más temibles soldados y sus mejores gladiadores. ¡Dioses del infortunio! ¡Cuán amarga es mi suerte! ¡Necesito más tiempo, más larga vida! ¡Más hombres que crean en mí, más armas...! ¿Lo entiendes, Salóndico?

SALÓNDICO.— El tiempo es lo máspreciado que tiene el hombre porque es limitado. Me preocupas, Materno. ¿No sabes que nuestro pueblo disperso nunca llegará a alcanzar la unidad política? Mi larga vida me dice que somos así. Si el poder que tienes sobre el pueblo no lo utilizas con justicia, el mismo poder acabará contigo. ¡No te das cuenta que nunca hay paz en tu corazón ni serenidad en tus palabras! La obsesión turba tu mente.

MATERNO.— ¿Recuerdas aquella historia que nos contaron en la colonia griega? ¡Sí, Salóndico! Recuerda que te conmoviste cuando la escuchaste. Contaron que el hijo del rey Filipo de Macedonia, Alejandro Magno, quiso disponer de todo su poder para unificar el mundo en una única ciudad mundial, donde todos los hombres del mundo fuesen sus ciudadanos. ¡Todos los hombres! ¿Comprendes? ¡Todos los hombres del mundo!

SALÓNDICO.— ¡Cómo no recordar aquel hermoso proyecto! Por supuesto que lo recuerdo, Materno, aunque tal vez seas tú quien no recuerdes, o no te guste recordar, porque contradice tu lucha, que para conseguirlo su plan aspiraba a unir Grecia con Persia. Y uniendo los continentes, Oriente con Occidente, unió el mundo para siempre después de producir un baño de sangre. ¿Entiendes, Materno? En su empeño de fundir ambos pueblos obligó a los suyos a casarse con mujeres persas. Sabía que mezclando los hombres y sus culturas, potenciando el mestizaje, nacería un hombre nuevo, más inteligente y humano. Y así se podría conseguir la idílica ciudad mundial; y con ella llegaría la sus-

pensión de la guerra, la libertad y la prosperidad de todo el mundo. La verdadera Pax. Persiguió la gloria eterna; y ya ves, todavía dudamos si fue un genio o un loco sanguinario.

MATERNO.— ¿Ves como siempre acabamos viendo lo que queremos ver? Dónde ves tú al nuevo hombre, yo veo al hombre domesticado, carente de fiereza para combatir, sumiso a las leyes que llegan de Roma. Leyes que los capataces nos obligarán a cumplir a las buenas y los soldados a las malas. Salóndico, no puedo soportar ver al hombre acomodado en su miseria. ¿Sabes que Roma asumió la idea del joven Alejandro para realizar su proyecto?

SALÓNDICO.— Sé, Materno, que Alejandro tuvo un sueño, un hermoso sueño, propio de la esmerada educación que recibió de su maestro Aristóteles. Murió joven, quizá envenenado por aquellos que para medrar necesitan el caos, para luego erigirse en salvadores. Sé que Roma, un día, también tuvo el sueño de Alejandro, pero también sé que para materializar ese sueño será necesario que todas las naciones del mundo, después de segar la cizaña, sueñen lo mismo.

MATERNO.— (*Se ríe.*) ¡Ja, ja, ja...! ¡Qué profanación! ¡Creer que esta vida es el sueño de Alejandro!

ESCENA III

(Entran a escena la sacerdotisa y tres doncellas vírgenes engalanadas con flores. Se colocan en el centro y el resto de los hombres y mujeres se disponen a hacer un círculo cogidos de la mano. Los tres músicos tocan y empieza la danza del plenilunio. Al tiempo que las vírgenes y la sacerdotisa hacen las plegarias, un haz de luz azul se proyecta en el centro del baile.)

SACERDOTISA.— ¡Madre omnipotente, reina de los dioses! ¡Reina de nuestros bosques sagrados que nos dan la vida!

VIRGEN 1.— ¡Venerada luz, que nos diste esta montaña sagrada como símbolo de tu dulce amor y tu colosal fuerza!

VIRGEN 2.— ¡Paz celestial, bendícenos con tu gracia y haz que perdure el caudal de agua cristalina del río que sacia nuestra sed y humedece los valles frondosos!

VIRGEN 3.— ¡Bendita Señora que guías el camino eterno de las estrellas! Tú que nos enseñas tu rostro sereno de hermosura en el momento crepuscular, ¡bendícenos con tu gracia!

(Repetir las plegarias.)

TODOS.— ¡Gran Madre del pueblo ibérico! Fúndenos con tu amor sagrado, con tu belleza eterna, con tu bondad infinita. ¡Danos fuerza, Señora!

MATERO.— (Con voz desgarrada. Sale hacia el centro del escenario y se arrodilla bajo la luz de la luna. Implorando.) ¡Gran Madre del pueblo! No permitas más la ignominia de ver a tu pueblo rendido. No permitas que tus hijos permanezcan más en la esclavitud. ¡Ayúdanos a conquistar la independencia, la libertad!

TODOS.— ¡Si... sí... sí! ¡La libertad, la libertad, la libertad...! (Van repitiendo todos levantando poco a poco las manos hacia la luna, al mismo tiempo que vuelve la música.)

TODOS.— ¡Gran Madre que todo lo puedes, ayúdanos en nuestra lucha! (Repiten varias veces.)

ESCENA IV

(En el interior de Villa Petraría. Grandes espejos enseñan el mosaico al público. La habitación está decorada según el diseño romano con simulación de columnas que sujetan el techo.

Solemnemente, van entrando por la puerta del fondo que marca el centro del escenario dos parejas de soldados romanos armados y Serperio, que se sitúan en los laterales del escenario. A continuación entra la sacerdotisa, maquillada con ocre rojo, llevando la máscara de un niño, también pintada de ocre rojo, según la costumbre antigua ibérica, sujeta en ambas manos alzadas.

Juntos, siguen el magistrado y su mujer, visiblemente abatidos de pena por la muerte del hijo, vestidos de color negro con evidentes señas de luto. Detrás el joven Petreyo, hijo mayor del matrimonio y, finalmente, los cuatro capataces, con sus respectivas mujeres, que llevan máscaras de familiares difuntos. Se van colocando en los laterales del escenario.)

SACERDOTISA.—Acabamos de cumplimentar el antiguo rito funerario de esta tierra, con el cuerpo frío e inerte del niño que fue dulce y sonriente. Su vida le ha abandonado. Ahora sigue el camino de regreso que le lleva al seno de la Gran Madre. Allí sus risas vol-

verán a ser trinos de pájaros. Su inocencia se tornará bendición en la serena quietud de los bosques. Su energía abatirá las aguas imparables de nuestro río y será el lobo, maestro de maestros en nuestra misión en la vida, quien protegerá al difunto en su viaje. Pero, ¡oh, excelsa Madre!, ten piedad de su familia que también siente el desgarró del dolor de la montaña cuando se le desencaja un trozo de su roca; del árbol frondoso cuando se le tala la rama más débil y tierna. Apíadate de los suyos que ya sufren su ausencia. ¡Oh, Gran Madre!, dales consuelo para superar el gran dolor que les embarga. ¡Cólmales de serenidad!

(La sacerdotisa le entrega la máscara al magistrado. Éste la besa y la eleva, dando una vuelta por la habitación para que su espíritu se quede con ellos para siempre.)

MAGISTRADO.— ¿Qué deciros, amigos, cuando el dolor y el llanto nos embarga? Acabado el rito funerario, hemos depositado el cadáver del niño en nuestra necrópolis. En esta tierra hemos enterrado muchas ilusiones y esperanzas. Sabéis que el deber del padre, también según el rito romano, constituye a éste en sacerdote del culto a nuestros antepasados. En este mural siempre están las efigies de nuestros muertos... sus rostros serenos, recibiendo constantemente nuestra veneración y respeto. *(Coloca la máscara del niño.)* Claudio, nuestro anhelado hijo, ya ha sido acogido por las divinidades. Su máscara, su recuerdo, cual bloque de mármol indolente, estará por siempre junto a nuestros antepasados, perpetuando en

nosotros su recuerdo: aquí, en Villa Petraria, y allí donde el Imperio ordene servirle. Roma fue nuestra cuna, nuestra madre gloriosa, nuestro ser. Hispania, y este asentamiento llamado Villa Petraria, nuestra causa. Vivimos tiempos difíciles. La baja producción agrícola y de los hornos nos indican signos de decadencia. Que nadie piense que la turbación de mi dolor me impedirá hacerles frente. Roma nunca tuvo tiempo para la debilidad. Mi principal deber es engrandecer el Imperio y ¡ésta! (*Tocándole la espada a Serperio.*) garantizará siempre su grandeza. Esta es nuestra razón y nuestra convicción.

(*Todos hacen gestos de asumir las palabras del magistrado.*)

MAGISTRADA.— Gracias, fieles súbditos. Gracias a todos por vuestra presencia en esta villa dolorida. Sabéis que, cuando llegó Claudio, fue como una bendición de los dioses. ¿Os acordáis, queridos? Siempre se oían sus risas en Villa Petraria, y su mayor felicidad y valentía era descender raudo, sin ningún miedo, por las montañas de arena. ¡Ay, Claudio, hijo mío!, qué dolor tan fuerte me aflige. Confieso al Cielo que nunca comprenderé por qué los dioses se lo llevaron. ¿Por qué precisamente él, que fue tan dulce y alegre como ninguno de nosotros? Su presencia con sus risas y sus juegos llenaba de gozo nuestra villa, aliviando nuestros problemas. ¿Por qué, amigos? ¿Por qué los dioses siempre acaban llevándose tan pronto a los mejores? ¡Qué crueles son las leyes de nuestra vida!

PETREYO.— Supuesto que el Cielo lo quiso, nada debemos de objetar. Verdaderamente, ¿es cruel la ley de la vida que lleva a la muerte al feliz hacendado, desesperado en su desgracia, mientras que a su vez resulta dulce y liberadora para el infeliz esclavo? El triunfo de la muerte sobre la vida es el más justo porque a nadie favorece. Todos partiremos con las alforjas vacías, ¡tal cual llegamos! Sobre la tumba quedan las espadas, oropeles... y coronas de laurel, honores y agasajos; también los harapos, el hambre y el infinito dolor de los siervos y esclavos.

MAGISTRADO.— ¡Petreyo, no sigas hablando...!

PETREYO.— ¡Perdonadme que lo haga, Magistrado! Esta es mi oración fúnebre. Mas no temáis, concluyo, resumiendo, que tal vez habrá que pensar que quizá sean nuestras leyes las que no son justas.

(Acabado el acto los capataces y sus mujeres se apresuran a ir junto al magistrado y su mujer, pasando de Petreyo descaradamente. El magistrado y su mujer agradecen su asistencia. Las máscaras se colgarán en el mural, al mismo tiempo que salen todos.)

ESCENA V

(Petreyo coge de la mano a la sacerdotisa y le pide que se quede.)

PETREYO.— ¡Agnie, espera un momento!

SACERDOTISA.— ¡Es muy tarde, Petreyo! Todos necesitáis descansar. El día ha sido duro y el funeral demasiado tenso. Eres un loco, Petreyo. Tu oración estaba de más.

PETREYO.— Sí, ya lo sé. He hablado porque no quería que en este acto de dolor sólo nos quedáramos con las palabras prepotentes de mis padres.

SACERDOTISA.— Yo he intentado que mis palabras fuesen de consuelo, mientras que tu padre ha sido demasiado provocativo. He intuido que sus palabras iban dirigidas hacia mi pueblo.

PETREYO.— ¿Comprendes por qué he hablado? A pesar de todo, quiero que disculpes a mi padre. Está muy violento. Las bajas producciones y las exigencias de Roma pidiéndole más rendimientos, la agitación del pueblo y ahora la muerte de mi hermano... Está agotado y profundamente preocupado.

SACERDOTISA.— Me temo que la muerte de Claudio sea un mal presagio, como el terrible anuncio para todos nosotros de la muerte de la inocencia.

PETREYO.— Corren malos tiempos para Roma, es verdad. Mi padre posee información preocupante que

no cuenta a la familia. No sé cómo, pero lo intu-
yo. Agnie, quiero que sepas que pase lo que pase,
aunque el cielo se venga abajo, te seguiré querien...
*(Ella, con su mano, le tapa la boca para que no siga
hablando.)*

SACERDOTISA.— ¡Por la Gran Madre, Petreyo, calla!
¡No sigas hablando, que las paredes oyen! Sé sen-
sato. Éste no es el momento ni el lugar adecuado.
Tiempo tendremos de vernos, aunque cada vez es
más difícil sin que nadie nos observe. Me voy, Pe-
treyo, no pienses en nada, ten confianza en mí, pues
sabes lo que yo siento. ¡Perdona, Petreyo! Perdo-
na que te deje en este momento tan duro para ti,
pero me voy antes de que nadie sospeche nada. *(Se
marcha la sacerdotisa sin dejar de mirarle, se de-
tiene en la puerta y se vuelve a mirarle, sollozan-
do.)* ¡Adiós, Petreyo, mi vida...! *(Mirando toda la
habitación, con las manos se tapa el rostro y grita
llena de pavor ante una premonición. Se escucha
el sonido de un incendio, llamas, desplome de pa-
redes y gentes gritando de pánico.)* ¡Oh, trágica vi-
sión que me enloquece de dolor! ¡Gran Madre, no
lo consientas! ¡Qué horror! ¡Ayúdanos! ¡No, no, no!
(Sale de escena.)

*(Petreyo va hacia ella sin llegar a alcanzarla. Len-
tamente se dirige ante la máscara de su hermano y
la acaricia.)*

PETREYO.— ¡Claudio, hermano mío, qué solo me dejas
en esta fría villa! ¿Dónde están tus risas inacaba-
bles? ¿Dónde el estruendo de tus carreras y tus fal-
sos llantos desconsolados para llamar la atención.

¡Qué solos nos dejas, Claudio, hermano mío! Tú solo bastabas para llenar de alegría esta casa. Ahora, en tu ausencia, quiero confortarme creyendo que estás junto a los espíritus de las doce divinidades adoradas del panteón romano. Los dioses sagrados decidieron que tú te quedaras aquí, en esta tierra, hasta el fin de los siglos. Junto a estos verdes valles hermosos de cristalinas aguas. Junto a las doradas montañas de arena en las que enloquecías jugando con sus rubias arenas. ¡Qué triste será todo sin ti!

(Reposa la cabeza en la pared y se oyen voces del niño llamándole.)

CLAUDIO.— *(Voz en off.)* ¡Petreyo! Hermano tonto, si no me das dulces le diré a papá que te vi besando a Agnie. *(Risas del niño.)* ¡Venga, no seas malo y llévame a jugar al arenal! Petreyo, ¿por qué lloran papá y mamá?... *(Acaba riéndose.)*

PETREYO.— Divinos dioses, ¿qué será de nosotros en esta tierra cautiva? Junto a estas gentes que no cesan de luchar, que no cesan de aumentar su odio hacia nosotros porque carecen de todo. ¿Qué será de nosotros?

ESCENA VI

(En los baños romanos. Estancia con paredes de piedra vista, con ventanas pequeñas por donde sólo entra el resplandor de la luz exterior. Una balsa en el centro, un banco para sentarse y recibir el vapor y una mesa donde se efectúan los masajes.

Se abre la escena y aparecen las mujeres de los capataces. Julia está en la camilla, donde una sirvienta le está practicando un masaje. Las otras, Corina, Antonia y Alcurnia, están sentadas en el banco recibiendo el vapor. Una toalla blanca les cubrirá.)

JULIA.— ¡Apriétame más fuerte! ¡No tengas miedo mujer, aprieta y sácame del cuerpo este dolor que me mata! ¡Fijaros cómo se van deformando mis manos! Pero lo peor es este dolor agudo que no hay quien aguante. ¡Aprieta, mujer, aprieta! Imagínate que soy tu marido cuando regresa a tu casa después de escaparse con los amigos.

CORINA.— Sabes lo que digo, que yo aceptaría el dolor sin rechistar a cambio de no arrugarme ni perder las medidas de mi talle.

JULIA.— ¡Corina, qué boba eres, mujer! No te creas que, porque no has parido nunca, vas a tener siempre ese cuerpo de Venus. Cuando te llegue el declive, ni la leche de burra que usaba Cleopatra te salva-

rá de la catástrofe. Y, acuérdate, luego pensarás, como todas, que vivir más de cuarenta años será un milagro.

ANTONIA.— ¡Peor lo tienen los esclavos que, generalmente, viven diez años menos que nosotros... si es que resisten los golpes de los látigos!

ALCURNIA.— (*En voz baja.*) ¡Cállate, insensata! Que bastantes problemas tenemos para que a esta asistenta, que tan bien nos atiende, no se le ocurra vengarse con nosotras.

CORINA.— Sí, queridas. (*Estirándose la piel de la cara y piernas.*) ¡Corta es la vida de los mortales! Nuestros omnipotentes y adorados sagrados dioses no dan para más. ¡Paciencia! Por eso es importante conservar la belleza, sentirse deseada, admirada. Amar... Vivir aventuras apasionadas...

ESCENA VII

(Entra en escena la mujer del magistrado.)

SIRVIENTA.— Señora, enseguida estoy dispuesta. Voy a por vuestra crema preferida.

MAGISTRADA.— Mis queridas amigas, ¡qué alegría veros a todas! A pesar de todo, la vida sigue... ¿verdad?

JULIA.— Señora, os encuentro muy mejorada.

CORINA.— ¡Sois fuerte y valiente, señora, los dioses os protegen!

ALCURNIA.— Sí, las divinidades os ayudan a superar el penoso trance.

ANTONIA.— ¡Vivimos tiempos de incertidumbre! Nada hay seguro. ¡Todo está revuelto!

JULIA.— ¡Calla, mujer! No reavives más el rescoldo del dolor, que de eso nunca falta, a pesar de que haya mujeres que pasan por la vida como si fuesen estatuas de bronce, que no sienten las penas, ni sufren, ni aman de verdad...

MAGISTRADA.— ¡Queridas! *(Cortando a Julia.)* Observo, para mi gozo, que nada ha cambiado en vosotras. He de confesar que he venido a veros con la intención de distraer mis penas. No dudé que os encontraría en los baños y, como siempre, hurgando en la vida de las gentes de Villa Petraria, comentando las noticias

y los chismes que traen los correos. (*Con voz apagada.*) Llevas razón, Antonia. Yo también siento en mi cuello cómo aprietan las garras del destino. Presiento que los días felices se van quedando atrás y, para mi desdicha, sé que la vida ya no me dará más hijos.

ANTONIA.— (*Intentando paliar su pena.*) ¡No habléis así, señora! Que nadie, ni los sabios galenos, han descifrado el misterio de la vida. Y la llegada de los hijos bien parece cosa del azar. ¿Sabíais que las tribus más antiguas de esta tierra creían que las mujeres eran engendradas por el tótem sagrado? Creían que la descendencia llegaba sólo por vía materna.

MAGISTRADA.— ¡Por todos los dioses, jamás se me hubiese ocurrido pensarlo!

CORINA.— Señora, perdonad el atrevimiento, pero si no os lo cuento reviento. Creedme, que no deseo molestaros... Bien es verdad que los dioses saben lo que os quiero decir, señora...

MAGISTRADA.— ¡Suéltalo ya, Corina! Que he venido a eso.

CORINA.— Se dice que vuestro hijo Petreyo anda prendado por las delicias de la sacerdotisa. Y parece ser que a ella no le disgusta...

ANTONIA.— ¡Calla, arpía!

MAGISTRADA.— ¡Disparas al corazón, querida! Si fuese cierto cuanto dicen, una nueva tragedia se ceñiría sobre Villa Petraria. Creo que sabéis que el padre de Agnie, Materno, está en la guerrilla. Es un perro agitador que lucha contra el Impe-

rio. Quiere acabar con la presencia de Roma en Hispania. No se siente satisfecho de lo que el Imperio ha hecho en esta tierra. Mi marido, imprudentemente, invitó a la sacerdotisa a participar en el funeral del niño. Quiso demostrar que Roma sigue respetando los ritos de cada tierra que conquista. Es un fiel servidor de la ley romana a la que nunca cuestiona. El magistrado (*Con ironía disimulada.*) no es de aquí (*Se toca el pecho.*), ni de ahí (*Tocando el pecho de su amiga Corina.*), ni de allá... (*Señalándolas a todas.*) Es del Imperio, queridas. Cada noche duerme y goza con él... Sí, queridas. Dormimos los tres juntos. ¿Se puede pedir más...? (*Se ríe fuerte.*)

JULIA.— (*Nerviosa, le corta la palabra y cambia de tema.*) Durante el cortejo fúnebre, observé cómo nos miraban las gentes. Vi demasiados rostros de hombres llenos de odio. Temo por Agnie, sé que es buena. Tal vez se arriesgó demasiado.

MAGISTRADA.— Petreyo fue quien le pidió que asistiera a petición de su padre. ¡Pero, bueno, ya está bien de hablar de estupideces! Contadme. ¿Qué novedades han traído los mercaderes? ¿Son bonitos los vidrios germanos? ¿Qué tal las cerámicas galas? ¿Y las joyas orientales? Y los nuevos perfumes, ¿llegan a enloquecer a vuestros amantes? Por cierto, Julia, el nuevo criado ¿te sirve bien? ¿Es cierto que posee un espléndido cuerpo de gladiador? Contádmelo todo, que eso también forma parte de la vida, y necesito vivir aunque mis carnes empiecen a pesarme. Decidme, queridas amigas, ¿qué cuentan los correos de Roma?

¿Qué rumores corren en el Senado de nuevas corrupciones y crímenes? ¡Ah! Y también... (*Quitándose la toalla y metiéndose en el agua, riendo fuerte.*) ¿Quiénes son las putas del nuevo César?

ESCENA VIII

(De noche en los baños. Escenario completamente oscuro. Una pequeña lámpara de luz alzada es llevada por la sirvienta. Con ella va Agnie, la sacerdotisa.)

SIRVIENTA.— ¡Agnie, estoy muerta de miedo por estar aquí! Aquí me he pasado toda la vida, sacándoles del cuerpo a los romanos la grasa que a mis hijos hambrientos les falta y eso Agnie...

SACERDOTISA.— No teníamos que haber venido. No me gusta este sitio para verme con él. También es verdad que no puede haber perdón si los niños pasan hambre y frío. Los romanos creen que al venir aquí también va a purificarse la suciedad de sus almas.

SIRVIENTA.— Y otras cosas, Agnie. ¡Que aquí no hay fronteras, ni puertas cerradas... ni vergüenza, Agnie, ni vergüenza...!

SACERDOTISA.— Petreyo me dijo que si algunos exaltados nos descubrían juntos, aquí podrían protegernos sin peligro.

SIRVIENTA.— Sobre todo de la ira de tu padre y sus seguidores. Lleva razón Petreyo. La guardia de Villa Petraria, en su ronda, aquí llega. Nadie se atrevería a molestaros sabiendo los soldados que Petreyo está aquí. Pero, ¡por los dioses sagrados!, a mí este miedo no hay quien me lo quite de encima.

SACERDOTISA.— Te juro que ésta será la última vez que te comprometo. Lo que tenga que ser será a la luz del día, asumiendo lo que el destino nos depare. Para bien o para mal.

SIRVIENTA.— ¡Será para mal, no lo dudes! A nosotros no nos sale nada bien. ¡El cuerpo lo tengo roto de tanta experiencia!

AGNIE.— Qué razón tienes. Da temor estar aquí, parece que estemos dentro de una tumba. No me dejes sola... No alejes la luz. No te vayas, espera a que venga Petreyo. ¡El muy necio! ¡Cuánto está tardando!

PETREYO.— (*Voz en off. En tono bajo.*) ¡Agnie!

SACERDOTISA.— ¡Aquí, Petreyo, aquí!

ESCENA IX

(Entra Petreyo con una lámpara.)

AGNIE.— ¡Cuánto has tardado, insensato!

SIRVIENTA.— Agnie, ahora que ha llegado Petreyo, me voy con mis hijos.

AGNIE.— Sabes que agradezco tu amistad y tu riesgo. Vuelve a tu casa. *(Sale del baño.)* ¡Mañana te visitaré! Ve con mucho cuidado...

PETREYO.— Perdona. Sé que he tardado demasiado. Mi madre, cuando me ha visto salir de la villa, me ha llamado, reteniéndome demasiado. Llegué a pensar que lo hizo a propósito. Nada de lo dicho era necesario hablarlo a estas horas. Espera, voy a encender otra lámpara. Tendremos más luz.

(Enciende otra lámpara y el escenario se ilumina tenuemente.)

AGNIE.— Ahora los baños no parecen tan tétricos. Incluso resultan más bonitos.

(Cuando vuelve a ella se queda inmóvil contemplándola. La nueva luz le destaca su belleza.)

PETREYO.— *(Abrazándola fuertemente.)* Cuánto tiempo, Agnie... ¡Cuánto tiempo sin rozar tus labios, tu piel, sin acariciar tu pelo, sin poder mirar fijamente y poseer tu cuerpo! *(La besa fuertemente.)* ¡Agnie, mi vida...! ¿Qué te ocurre? ¡No dices nada! ¿Qué

te pasa? ¡Estás fría! Dime qué te ocurre. ¡Agnie, respóndeme!

AGNIE.— (*Como somnolienta.*) Petreyo... Estoy muy cansada... y asustada... Pero nada temas... Estoy bien. Quiero centrarme contigo en este momento de vivo deseo y mi pensamiento no se aparta de la gravedad que nos rodea. (*Intenta apartarse de Petreyo, y él la retiene a su lado.*) Qué dura es esta lucha, que nos hace renunciar a lo que verdaderamente queremos... Tú no sabes lo que es vivir viendo a tu alrededor cómo sufren los tuyos y sentirte impotente para darles el alimento y techo que necesitan... y luego estar oculta aquí, contigo, que representas lo que más odia mi pueblo.

PETREYO.— ¡Agnie, no sigas! Sabes bien quién soy. Yo tampoco puedo cambiar mi destino, ni creo que sea necesario. Las cosas suceden así, y ni tú ni yo podemos cambiarlas... (*Reflexionando.*) por ahora.

AGNIE.— Petreyo, no te preocupes... Sabes lo que siento por ti. Sabes que daría mi vida por la tuya. Pero no me pidas ahora que me entregue a ti, ni que me olvide que es aquí donde se encuentran tus gentes... los que se esconden a plena luz del día. No podría soportarlo. Tampoco podría olvidar la cara de vuestros verdugos que en este lugar revivo, ni dejar de acordarme del sonido de vuestros látigos que arrancan sin piedad la piel de mis hermanos... Petreyo, te querré siempre... pero lejos de aquí y de lo que vuestra villa representa.

PETREYO.— ¡Agnie, tranquilízate! Si somos fuertes podremos ser dichosos.

AGNIE.— No, Petreyo, no. No lo somos ahora, ni lo seremos nunca. Tu Imperio nos ha marcado para siempre, pues después de la caducidad de un imperio, siempre llegan otros y otros con diferentes nombres...

PETREYO.— ¡Agnie, compréndelo! Hispania es una provincia más del Imperio Romano. Recibe por ello sus beneficios. Muchísimos hispanos son tan ricos como nuestros colonos, aunque ahora la crisis nos alcanza a todos. Nuestras leyes dan oportunidades. Algunos emperadores y césares han mejorado la vida de los esclavos. *(Agnie se le queda mirando, sonriendo irónicamente.)*

AGNIE.— ¡Sí, ya sé lo que me vas a decir! Que no sois un imperio perfecto..., que la completa perfección no existe en los hombres, que el problema no está en las armas sino en el corazón de los hombres...

PETREYO.— *(Cortándole la palabra.)* Pero no olvides que somos el Estado más fuerte del mundo, el que mayor seguridad le da al pueblo. Los bárbaros del norte nos acechan constantemente y los moros africanos no cesan de hacer incursiones en nuestras costas. ¡Por todos los dioses! Compréndelo, Agnie. ¡El mundo siempre está en guerra! Ahora, en estos tiempos de profunda crisis, como dice el magistrado, necesitamos seguridad. ¡Entiéndelo, Agnie! ¡Seguridad!

AGNIE.— ¿Seguridad para qué, Petreyo? ¿Para vivir así? *(Se engrandece.)* No, querido. Vosotros necesitáis como el aire que respiras la seguridad que os garantice que nadie os arrebathe el poder. En cambio,

nosotros necesitamos volver a sentir esta tierra como nuestra. El Ser en el Todo. En los bosques que cortáis despiadadamente, en las montañas que destrozáis para convertirlas en losas, en los ríos diáfanos que oscurecéis con el despojo de vuestra explotación minera. Petreyo, ¿a que no te has dado cuenta que ya casi nadie aquí habla su lengua? Hablamos la lengua del Imperio. Hemos sido latinizados. Y no es malo que hayamos aprendido el latín, tu lengua. Lo malo es que nosotros perdamos la nuestra, como dice Salóndico. ¡Qué poco nos queda de lo que fuimos! Imagínate la vida... Viviendo sólo compartiendo lo que los dioses nos dieron. En un mundo fraternal y justo. Donde nadie se sintiera solo, ni se despreciase al ser humano por su clase. Y cuando pienso en ti, pienso en cómo hubiese sido nuestra vida en ese paraíso que poco a poco vamos perdiendo.

PETREYO.— (*Acorralado y casi llorando.*) Agnie, no me tortures así. Yo deseo como tú, en lo más profundo de mi ser, compartir ese mundo maravilloso. Sí, perfectamente maravilloso. (*Reacciona.*) Pero no puede ser. ¡Por todos los dioses! El Imperio se está hundiendo, y yo estoy llorando por ti como un niño. Estoy loco, Agnie. ¡Estoy loco! No razono cuando estoy contigo. No puedo razonar, tus palabras siempre me inquietan... No puedo razonar, Agnie, y tampoco quiero llorar.

ESCENA X

(Unos soldados encienden luces como un relámpago, al mismo tiempo que aparece en escena el magistrado y su mujer, llamando enérgicamente a Petreyo.)

MAGISTRADO. MAGISTRADA.— ¡Petreyo! ¡Petreyo!
¡Petreyo, hijo mío!

(La mujer del magistrado corre hacia la sacerdotisa, le da dos fuertes bofetadas y la aparta de Petreyo que parece ido en brazos de la sacerdotisa, la cual es retenida por un soldado.)

MAGISTRADA.— ¡Hijo mío, cuánto te ha hecho sufrir esa mujer!

(Proyectar una imagen fija de Petreyo llorando sobre Agnie.)

PETREYO.— *(Voz en off. Ido y llorando, evoca a su hermana.)* ¡Claudio! Qué bien que estés conmigo. No me dejes más, hermano. Quédate siempre conmigo. Claudio, mañana cuando amanezca y el sol radiante ilumine nuestros valles, te llevaré con mi caballo a lo más alto de las montañas sagradas de Agnie. Y podrás correr tras las mariposas más bellas y los pájaros de trinos y colores más dulces. ¡Ah! y no te olvides de coger para Agnie en la sierra madre el ramo de madroños más precioso... y, como siempre, pasaremos por las montañas de arena para que seas feliz jugando en sus dunas rubias.

CLAUDIO.— (*Voz en off.*) ¡Sí, Petreyo, sí! ¡Qué bien...!
Petreyo, hermano, ¿por qué lloras...? No llores más,
que mamá te reñirá. (*Llorando el niño.*) ¡No llores,
Petreyo, que yo te quiero mucho! No llores más...
Petreyo, no llores más... Que yo sí que te quiero...
(*Fin de la imagen fija.*)

EL MAGISTRADO.— (*Se acerca junto a su mujer y su
hijo, lo acaricia y de espaldas al público, levantando
la mano enérgicamente, ordena a la guardia.*)
¡Soldados, azotad a la sierva!
(*Se escucha —con poca luz— el sonido del látigo y los
gritos de la esclava. Agnie reacciona y corre hacia
la puerta de los baños donde la sirvienta ha sido de-
tenida por los dos soldados que están en la puerta.*)

AGNIE.— ¡Ella es inocente! ¡Es inocente, canallas!

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

(En el poblado. Niños jugando y jóvenes bailando al son de la flauta y tamboriles. En las puertas hay colgada una exposición de tejidos que las mujeres han confeccionado durante el año, esperando el premio del jurado. Las mujeres comentan detalles. Tres hombres hacen de jurado.)

DOMICIA.— *(Dirigiéndose a la gente.)* ¡Cesarón! ¿A qué esperáis para dar el premio? ¿Necesitáis ayuda o bien estáis preparando el pucherazo?

CESARÓN.— ¡Calla, Domicia!

DOMICIA.— ¡Qué penas nos da la vida! Todo un año trabajando, tejiendo filigranas, y que ahora tengáis que ser hombres los que valoréis el trabajo. ¡Qué sabréis vosotros! Sabes lo que te digo, que el día que os vea tejer estaré de acuerdo, mientras tanto ¡jamás!

CESARÓN.— ¡Qué mujer! Por Júpiter, Domicia, que nosotros no tejemos. Nosotros valoramos y vendemos lo que vosotras tejéis...

DOMICIA.— Pues, daos prisa... ¡Que no sabéis ni vestidos! Que no, Cesarón. ¡Que no me conformo! Aunque la tradición sea la tradición. ¡Faltaría más!

(Todos se ríen y siguen con la fiesta y el concurso.)

ESCENA II

(A la plaza llegan Indevil y Materno.)

MATERNO.— Indevil, parece que el pueblo está ajeno a sus problemas. Se entretiene en banalidades cuando hay tanto por qué luchar.

INDEVIL.— ¡Es la tradición! Siempre ha sido así.

MATERNO.— ¿Acaso la lucha y el valor del pueblo ibero no ha sido su tradición más gloriosa? Llamad a todos. Que acudan aquí. Celebremos la asamblea.

(Indevil se mezcla con la gente y poco a poco van llegando más hombres a la plaza.)

MATERNO.— ¡Amigos, la situación se agrava! Las noticias que nos llegan son inquietantes. Roma quiere más de nosotros, de Hispania, del mundo que domina. Los responsables del Imperio quieren salvarse a costa de nuestra ruina. El hambre campea por nuestros poblados, mientras nos exigen más sacrificios. El Senado ha aumentado la presión fiscal y los látigos de los soldados son más contundentes ante nuestras protestas. Por todo ello, ante esta situación desesperante, son más necesarios nuestros sacrificios. ¡Es la hora de vengar a nuestros muertos! Se acabó doblegarse, no ceder nunca más. ¡Luchar y resistir es lo que os pido! Nos dicen que el Imperio está corrompido, que no tiene futuro y cada vez es más débil ante las invasiones de los bárbaros. La

corrupción también ha llegado a sus mandos que, enriquecidos, lo abandonan. El fin de la opresión se acerca y ello hace más necesaria nuestra acción para conseguir ganar la libertad que nos hizo dignos en nuestra tierra.

LEUTON.— ¡Materno, cuídate de no provocar que el pueblo sea de nuevo crucificado! ¡Cuídate de los sacrificios inútiles que derramen nuestra sangre! Que nadie olvide el sacrificio y las atroces matanzas que sufrieron las rebeliones de nuestro pueblo. El Imperio se extiende por toda la tierra. Por todos los confines de Occidente, sus generales han llevado el terror y la muerte. ¿Verdaderamente crees que se detendrán ante un nuevo puñado de pobres soñadores? ¿Acaso eres un soñador sin escrúpulos? ¡Materno, amigo, cuídate de la insensatez!

MATERNO.— ¡Quien tenga algo más que decir que hable ahora! Que nadie silencie lo que piensa. Que nadie diga que Materno ahogó la voz del pueblo.

SALÓNDICO.— (*Levantando la mano.*) Mis palabras no van dirigidas a Materno. Quiero hablaros a todos vosotros, a mi pueblo. Sólo os pido un momento de reflexión a cuanto voy a decir. Bien cierto es que jamás hemos dejado de aspirar a la libertad. Todos sabemos, porque lo hemos sufrido, cuán cruel es su ausencia. La libertad es el mayor tesoro que los dioses le concedieron al hombre. Pero, mirad, ¿es éste el mismo pueblo de nuestros antepasados al que Roma le arrebató la libertad? ¿Son las formas de estos vestidos semejantes a los de nuestros antepasados? ¿Acaso no son también nuestras la lengua,

las leyes y la forma de vida del Imperio? Nadie podrá negarlo. Tampoco yo, aunque no me entusiasme demasiado. ¿Somos aquel pueblo que consideraba su enemigo a quien no estaba unido a él por lazos sanguíneos, o aquel otro que por la ausencia de bienes hacía innecesario tener un gobierno y leyes políticas? Roma hizo bajar de las montañas a nuestros antepasados y les dio un nuevo sentido del mundo, una civilización que nos apartó para siempre de lo antiguo. Sí, me diréis que aquellas primeras leyes fueron distintas para cada clase de hombres según su condición social, que fue brutal que la vida de cada esclavo dependiera de su amo... y tantas y tantas injusticias. Mas alegrémonos de que aquella tiranía se suavizara.

AMBÓN.— ¡Materno, no escuches las voces infames de estos libertos! ¿Sabéis cuál es mi ganancia, que además me llevará a la tumba? ¡Estas cicatrices que adornan mi cuerpo! *(Ríe fuertemente, mientras enseña las marcas de su espalda.)*

MATERNO.— ¡Silencio! Dejad que acabe Salóndico.

SALÓNDICO.— ¡Ambón! Tú, necio, te ríes de tu lastimosa situación, y mi alma llora lágrimas de sangre por tu desgracia. ¡Ambón, yo te quiero libre y vivo! Sin las marcas que la brutalidad de la codicia han marcado tu alma para siempre. Ambón, recuerda. ¿Cuántos esclavos cayeron, reventados a golpes, trabajando día y noche en las minas...? Acuérdate, Ambón. Eres ciego, pero tu memoria, porque estás vivo, tiene luz. Acuérdate. Tú mismo me lo contaste, cuando te concedieron volver de aquel infierno porque ya

apenas veías. Y no digo que tuvieses suerte. ¡Tuviste paciencia, Ambón! Precaución y paciencia, y sobre todo intuición, que es la cosa más valiosa de la vida y ello te salvó de la mayor desgracia...

MATERNO.— Escucha, Salóndico, ¿qué hacer cuando, inevitablemente, la espada de tu enemigo va a caer sobre tu cabeza? ¿Tratar de que no te parta en dos, o bien, si puedes, procurar que esa espada deje de ser una amenaza para siempre?

SALÓNDICO.— ¡Materno! ¿Quién dirige tus palabras: la sabiduría que nos hace justos o el odio que envilece? ¿Tan incapaz eres de ver que éste no es el mismo pueblo que entabló su encarnizada lucha contra Roma? ¿No percibes que el destino de Roma es nuestro destino? ¿Crees que Séneca, Trajano, Adriano o Marco Aurelio, nacidos en Hispania, cuando sirvieron al Imperio se olvidaron de amarlo? ¡Materno, caro amigo! Sigue la vía Augusta, que tanto nos beneficia, y tu derecho de ciudadanía te llevará al mundo.

MATERNO.— No me interesa ir a un mundo que no respeta nuestra soberanía, que se ha hecho expoliando nuestra hacienda y nuestras vidas. ¡No, Salóndico, no! Ese mundo del que hablas está a punto de deshacerse en mil pedazos, ¿y sabes por qué? Porque se hizo a la fuerza, con tiranía, sin respeto a ningún género de vida.

SALÓNDICO.— ¿Y qué mundo queréis construir vosotros? ¿Acaso la guerrilla, en sus emboscadas, no mata y secuestra indiscriminadamente a ricos colonos y a gentes inocentes? Sí, Materno. También

vuestras armas, vuestra lucha —ahora injustificada—, vuestro odio irracional —que ya no es el odio de todo el pueblo— os convierte en terroristas, en asesinos...

INDEVIL.— ¡Calla, Salóndico! Jamás nadie ha juzgado así a la guerrilla. Materno es el más noble de nosotros... el caudillo que amamos y con él conseguiremos la victoria.

SALÓNDICO.— Indevil, Materno, Ambón. Creed que admiro la fuerza de vuestra lucha, porque nunca se acaban de conquistar todas las libertades, ni mucho menos las injusticias. La lucha de Hispania contra Roma hace ya mucho tiempo que tocó a su fin, mientras que para avanzar por el camino de la libertad y la justicia nunca serán suficientes los mejores guerreros. Para esa batalla contad conmigo y mi espada, que es voz y esperanza...

MATERNO.— ¡Salóndico, jamás ningún pueblo conquistó su libertad con palabras sino con su sangre!

SALÓNDICO.— ¡Ah, cruel Materno! Nunca nos libraremos de vosotros. ¡Ah, triste Hispania! Siempre te ensombrecerán caudillos sanguinarios...

ESCENA III

(Sala del mosaico. Petreyo está leyendo en voz alta. Se detiene fijándose en detalles del mosaico.)

MAGISTRADO.— ¿Estudias, Petreyo?

PETREYO.— No exactamente. Repaso estos textos que tenía olvidados.

MAGISTRADO.— Tendrías que estar estudiando en Roma. Los jóvenes acuden en busca de los mejores maestros. Tengo amigos en el Senado que te hubiesen ayudado. En Roma están los mejores maestros del mundo.

PETREYO.— Aunque el arte me apasiona, temo que ya es tarde para eso. Me hubiese gustado, pero... decidiste que me ocupara de tus negocios. *(Sin dejar de observar el mosaico.)* Por cierto, jamás vi en Roma ningún mosaico que se adapte al cambio de estructura como éste. Los antiguos maestros ya acusaban que la arquitectura romana anteponía lo funcional a lo artístico, pues es evidente que, a pesar de lo mucho que nuestros artistas aprendieron de los griegos, nunca alcanzaron su sensibilidad, su belleza... Parte de mi vida ha transcurrido sobre él, y nunca reparé en ello.

MAGISTRADO.— ¡No te culpes demasiado, Petreyo! Pues yo, y esto es un secreto, siempre he valorado el arte por su precio. Sí, ya lo sé... nadie en Villa Petraria

puede conseguir mayor información que yo, pero eso de que el magistrado muestre su ignorancia... Sólo puedo decirte que estos mosaicos se construyeron posteriormente en las diferentes villas, como en Ilice, la Alcudía, Calpe y algunos lugares más. En épocas de bonanza económica, artistas con sus talleres itinerantes recorrieron las villas y muchas fueron beneficiadas con artísticos mosaicos que adaptaban a cada estructura dejando constancia del sello del Imperio. Petreyo, no olvides nunca que la creatividad es el don de la tierra.

(Entra la magistrada.)

PETREYO.— ¿Ves? Apenas sé nada de lo que me gusta, y lo que sé, no me gusta.

MAGISTRADA.— ¿Qué es lo que no te gusta, Petreyo? ¿De qué puedes quejarte?

PETREYO.— De nada. Creo que tengo lo que merezco.

MAGISTRADA.— ¡No tenemos lo que merecemos! Sólo lo que hemos ganado con nuestro esfuerzo, mientras lo conservemos. Si perdiéramos nuestra riqueza, perderíamos lo que somos, nuestro prestigio y autoridad. Así están las cosas, aunque a ti no gusten. La riqueza heredada sin esfuerzo es verdad que no tarda en perderse.

MAGISTRADA.— Petreyo, tú que de todo te quejas, pídele a los dioses que en los tiempos que corren jamás tengas que ser un buscador de fortunas para ser lo que ahora eres. Está visto que valoramos las cosas sólo cuando las perdemos.

PETREYO.— Una vez más, tampoco me habéis entendido. Quizá sea cierto que mi cerebro esté trastornado.

MAGISTRADO.— ¡Déjalo, mujer! No le increpes más.

MAGISTRADA.— ¡No, magistrado, no! Su actitud excéntrica también nos afecta a nosotros. Nuestras amistades se ríen a espaldas nuestras. Mis amigas intentan que alguna de sus hijas pueda ser la esposa del hijo de magistrado, la mayor autoridad de Villa Petraría, y él, insensato, jugándose el futuro con la hija de Materno, el cabecilla de los disidentes...

MAGISTRADO.— ¡No hay pruebas suficientes para sostener esa acusación, sólo sospechas!

MAGISTRADA.— ¡Sospechas...! ¿Cuándo la mano del magistrado se ha detenido ante una sospecha? ¡No hagas que me ría de ti delante de tu hijo! Di que no has ordenado a los soldados que actúen por no agravar la situación de Agnie y Petreyo. Sabes dónde se esconden y cuáles son sus maquinaciones... Si no actúas es por Petreyo, que es la única persona que quieres.

MAGISTRADO.— No sigas, que las palabras descubren tus intenciones.

MAGISTRADA.— ¿Acaso mis supuestas intenciones no debieran de ser también las del magistrado, representante del Imperio en Villa Petraría, y garante de la seguridad de los intereses de Roma?

PETREYO.— ¡Basta! Callad. No discutid ni os insultéis más por mí. No soporto que os odiéis. Dejadme que sea yo quien resuelva esta angustiosa situación que nos está destrozando a todos. Sé que tendré que renunciar a uno de los dos sentimientos que oprimen mi corazón...

MAGISTRADO.— (*Cortándole la palabra.*) ¿Cómo que el sentimiento?... (*Se ríe.*) ¿Acaso podemos dejar el futuro en manos del sentimiento? Me voy. (*Saliendo.*) No soporto más esta ridícula situación. Los jóvenes sois inestables, ridículos... y carecéis de ambición. No conocéis la vida, vivís en un mundo irreal, lleno de estúpidos sueños...

ESCENA IV

PETREYO.— No te gusta Agnie, ¿verdad? Más bien creo que la odías.

MAGISTRADA.— ¡No, no me gusta! Ésa es la verdad. Es la clase de mujer que no soporto. Creo que te engaña. Conoce tu debilidad y te maneja para su causa. Erigirse como sacerdotisa es una máscara que utiliza para no mostrar su verdadero rostro, que es débil y malvado...

PETREYO.— No hables así... ¿Qué sabes tú...?

MAGISTRADA.— Sé cómo son las mujeres.

PETREYO.— ¿De veras...? ¿Cómo sois...?

MAGISTRADA.— Deberías ya saberlo, Petreyo.

PETREYO.— ¿Sois, acaso, débiles y malvadas?

MAGISTRADA.— No, Petreyo. Somos fuertes y ambiciosas. Más fuertes que los hombres, no lo dudes nunca. Nuestro sexo es la fuerza más vigorosa de esta vida que llena el mundo de hijos, de nuevas vidas... Nuestro sexo arrastra a los hombres a las más bajas y sublimes pasiones. No hay límite en ello. Es sufrimiento y gozo..., vida y muerte. El sexo nos hace madres, y ser madre, Petreyo, es poseer una fuerza sobrenatural capaz de devorar el mundo cuando la felicidad y seguridad de los hijos peligran.

PETREYO.— Hablas de sufrimiento, de gozo y de pasión.

¿Acaso esos conceptos no son sentimientos? Pero, dime, ¿dónde queda el amor? ¿Dónde se refugia el verdadero amor para librarse de esa cruel batalla?

MAGISTRADA.— ¡Pobre Petreyo! ¿Ves? No sabes nada de la vida. Agnie no es la vida, y te engaña haciéndote creer en un falso mundo inexistente. Agnie no tiene valor ni fuerza para soportar la crudeza, la vida real, para soportar su linaje de esclava. Es débil, y su debilidad le impide ver la terrible realidad.

PETREYO.— ¡Presiento que hay otro mundo mejor! Lo siento dentro de mí. Y sé más. Sé que yo no podría vivir en ese mundo que tú también conoces y a mí me horroriza. Agnie y yo buscaremos nuestro mundo más allá de las estrellas, donde juntos el hombre y la mujer no sean odio ni guerra, donde el grano se comparta y gozar de la naturaleza sea nuestra misión sagrada.

(Se apagan las luces.)

ESCENA V

(En la sala del mosaico. Entran en escena el magistrado y Serperio.)

MAGISTRADO.— Difíciles tiempos corren, Serperio. Tiempos turbulentos difíciles de equilibrar.

SERPERIO.— Para eso estamos nosotros, magistrado. Somos el brazo fuerte de Roma, el que jamás será vencido. Aunque cada vez tengamos menos oro para pagar a nuestros soldados. Acordaros del emperador Séptimo cuando le dijo a sus hijos: “enriqueced a las tropas y olvidaros de todo lo demás”, después de que un hijo suyo fuese asesinado en una campaña militar por un oficial de su guardia.

MAGISTRADO.— Apoyas tu confianza en la fuerza que te da tu juventud y al mismo tiempo me adviertes que cuide de mis soldados, especialmente de ti y de los soldados que te obedecen. ¡Ah, Serperio, cuánto me haces recordar tiempos pasados! Ofrecí mis mejores años a la milicia. Fueron buenos tiempos, no puedo quejarme. En cambio, ahora que mis músculos se debilitan, tendremos que mostrarnos extremadamente fuertes ante la caótica situación que se nos viene encima.

SERPERIO.— Los soldados están alerta, pues en los rostros de las gentes se nota la ira de su impotencia, mientras que los cabecillas del pueblo nos increpan

sin temor cuando disolvemos sus asambleas y sus actos de protesta...

MAGISTRADO.— Serperio, es imprescindible no bajar la guardia, endurecer nuestra posición sin contemplaciones. Es necesario mantener el orden y también la prudencia. Sin nosotros la fuerza de Roma... Tú eres su brazo más potente, y eso lo saben nuestros enemigos. Sabes que si a ti te quitan de en medio, su causa será pan comido. Estás en el punto de mira de los terroristas, y verte muerto sería su mayor triunfo. En esta reunión que vamos a celebrar con los capataces deseo que el tema quede bien claro, que nadie tenga la menor duda de cómo actuar.

SERPERIO.— Señor, vuestros deseos son órdenes para mí. Mi espada y las de mis soldados no vacilarán si llegara el momento. Contad con mi lealtad y mis servicios incondicionales, sin límite...

MAGISTRADO.— ¡Calla, Serperio, silencio! Aquí llegan.

ESCENA VI

MAGISTRADO.— ¡Pasad y acomodaros en Villa Petraría!

Pasen mis amigos colaboradores. *(Todos se sientan en torno a una mesa. Serperio lo hace junto al magistrado. Los capataces guardando más la distancia.)* Señores, gracias por haber acudido a este consejo extraordinario, pues la delicada situación en que estamos nos pide analizarla con detenimiento. Todos conocéis las circunstancias que gravitan en Hispania como consecuencia de la crisis que padece el Imperio. Los recursos del Estado están debilitados, por ello han aumentado los impuestos y como consecuencia la protesta del pueblo. El pueblo lucha contra los dueños de las tierras. Algunos ejércitos se han sublevado. Los bárbaros no cesan de hacer incursiones para adueñarse de Hispania. Aristócratas y terratenientes huyen cobardemente en desbandada dejando sus responsabilidades ciudadanas... Ante esta delicada situación, por lo que a nosotros respecta, mantenemos perfectamente el control del paso hacia el interior desde el puerto de Ilice, aunque nuestro conflicto más preocupante es la agitación de nuestra población.

VALERIO.— *(Preocupado.)* Magistrado, los buenos tiempos van quedando atrás. Los brillos del Imperio van perdiendo intensidad, desvelándonos su verdadero estado agónico...

MAGISTRADO.— (*Cortándole la palabra.*) Pero que estupidez acabas de decir, Valerio. Tu senectud avala tu progresivo deterioro físico y mental. Estás olvidando cuán gigantesca fue la lucha de Roma por extender el Imperio por el mundo... De dotar a sus provincias del derecho romano que pervivirá al Imperio. De haber construido infinidad de calzadas en todo el mundo que conducen a Roma..., calzadas que se perpetuarán durante siglos en el mundo recordando el progreso y la gloria del Imperio... ¡Y seguirán conduciendo al mundo en su expansión hacia su encuentro!

SERPERIO.— (*Exaltado.*) Como hombre de armas, me niego a escuchar las reflexiones decadentes de Valerio. Roma, nuestro Imperio, pervive. Está en crisis. Es cierto que está resentido, pero no vencido. Nadie en el mundo es más fuerte que nosotros. ¡Valerio, hemos perdido batallas, pero no la guerra! Roma quizás necesite un caudillo enérgico que bajo su mando aúne todo el ejército, que restituya las fuentes de riqueza que nos engrandecieron y ahora necesitamos para defendernos...

CURCIO.— ¿Acaso, Serperio, estás proponiendo que el esclavo vuelva a su situación primitiva perdiendo su prerrogativa de trabajador libre que le otorgó el Imperio? ¿Propones que volvamos a coger el látigo como los antiguos capataces? ¿No hemos demostrado que con nuestros métodos se consiguen mejores producciones, sin necesidades de llevar el látigo siempre en nuestras manos?

SERPERIO.— Curcio, te recuerdo que cuando Roma ocupó Hispania ya había esclavitud.

CURCIO.— Sí, es cierto, y fue una de las principales fuentes de riqueza. Pero tu ceguera, Serperio, te impide ver el cambio que el Imperio suscitó en los países donde se antepuso la inteligencia ante la fuerza. Y aquí... (*Cortándole Jesano su palabra.*)

JESANO.— Magistrado, Serperio, ningún imperio antiguo prevaleció tantos siglos. Nuestra amenaza, la amenaza real del Imperio, son los pueblos bárbaros, cuya calidad de vida mísera nos hace el centro de su atención, el centro de su lucha por poseer lo que tenemos. Como responsable de la cerámica, puedo asegurar que nuestros hornos, trabajando día y noche, obtienen las mejores producciones olvidándonos de los tiempos pasados. Que hemos progresado a la vista está.

VALERIO.— Quizá mi edad no me deje de ver cuál es la realidad. O quizá mi visión de la vida sea muy distinta a la vuestra. Lo que está claro es que no podemos ponerle rejas a nuestras mentes, a nuestros pensamientos íntimos que no cesan de volar en busca de la libertad absoluta respetando la de cada cual, pues todos sabemos, aunque nos lo tengamos que tragar, que no podemos ser dueños de nuestros semejantes, por infravalorado que esté el ser humano y escuchar esto os provoque la risa. Ningún imperio podrá sostenerse en el mundo sin el apoyo militar y todavía más con la carencia en la población de lo más elemental para vivir. Hasta ahora los cereales llenan cada año los graneros de Roma, pero si continúa la crisis todo cambiará. En lo que afecta a mis responsabilidades, este viejo senil hoy mismo saldrá a comprobar la verdadera situación de nuestras ex-

plotaciones de cereales, lino, algodón y esparto en las villas de Caprala y la Gurrama y demás tierras, y no regresaré hasta que sus gentes se tranquilicen, pues temen que les ocurra lo peor sin enterarse de cuál es el peligro real de las villas.

MAGISTRADO.— (*Cansado de escucharlos.*) Si nosotros fracasáramos, otros volverán a intentarlo recogiendo nuestra experiencia. No tengáis duda de ello.

CINERO.— ¿Acaso el control de nuestro trabajo no ha sido el más productivo, Magistrado?

MAGISTRADO.— Las leyes del Senado al humanizarse nos han hecho débiles. Nada tan grandioso como el Imperio se puede mantener si no es utilizando la fuerza y olvidándonos de concesiones gratuitas. Otros dictadores vendrán y con mayor virulencia impondrán un orden nuevo sin importarles el dolor ni el derramamiento de sangre.

SERPERIO.— Esa sería la solución que el Senado debería de llevar a cabo, nombrar un nuevo dictador al que no le temblase el pulso.

CURCIO.— Serperio, no dudo de que aparezca un nuevo dictador. Sé que a lo largo de la historia serán muchos los que crean que la solución a sus problemas pasa por las armas. Pero también creo que nada que tenga que ser sostenido por las armas prevalecerá.

CINERO.— La idea de un mundo sin fronteras en paz, de un orden igual para todos los ciudadanos del mundo será necesaria y creo que se conseguirá a medida que la cordura se imponga ante la fuerza, pues la violencia es madre de más violencia, y de esto no-

sotros los capataces sabemos demasiado. El día que para cobrar los impuestos no sean necesarios los soldados será un mundo nuevo.

JESANO.— Magistrado, creo que los capataces nos hemos expresado con suficiente claridad para que no quede la menor duda de que seguiremos las directrices de Roma en cuanto a nuestras responsabilidades de gobierno, lo mismo que usted ha hecho siempre. El hecho de que algunos de nosotros no coincidamos en las soluciones militares para salvar esta situación no nos exime, desde nuestro desacuerdo manifiesto, de continuar cumpliendo con nuestras tareas.

MAGISTRADO.— Es obvio que nosotros no podemos solucionar la crisis que afecta al mundo romano. Nuestra misión es hacer que se cumplan las leyes del Senado. Y las leyes nos dicen que hay que mantener las producciones de aceite, de vino, de trigo y la fabricación de tejas y ladrillos. Por ello es necesario actuar contra los grupos que hostigan Villa Petraria y se enfrentan a nuestros soldados.

CURCIO.— Señor, sabéis que el orden público es competencia del ejército, a nosotros sólo nos corresponde la administración; pero si realmente queréis saber nuestra opinión, por mi parte he de decir que la voluntad es la mayor fuerza y la prudencia la mayor virtud.

JESANO.— Sí, yo también abogo por la voluntad y la prudencia que es la mayor cautela. Es normal que el pueblo esté agitado. ¡Todo el Imperio está agitado, Magistrado! Pero no olvidéis que no todo el pueblo es enemigo de Roma.

CURCIO.— El pueblo ama inequívocamente la paz. La paz es su deseo más ferviente, pues sin ella el pueblo no tiene futuro; pero cuando se les presiona demasiado, cuando se le piden esfuerzos más allá de sus posibilidades, es impredecible el efecto de su rebeldía y afán de justicia.

CINERO.— Magistrado, bajo su responsabilidad recae el problema. Es usted quien ha de ordenar a Serperio cómo deben de actuar los soldados. Deseo que acierte en sus medidas para no agravar el conflicto.

MAGISTRADO.— Bien, amigos. Concluyamos esta reunión. Seguid en vuestros puestos, que con la ayuda de los dioses resolveré la situación del modo más favorable.

(Se levantan los capataces y salen.)

ESCENA VII

SERPERIO.— Señor, supongo que nada de lo escuchado cambiará su concepto de la situación. Con esta clase de hombres jamás hubiésemos conquistado el mundo.

MAGISTRADO.— Sí, Serperio. Llevas razón. Pero también es verdad que sin ellos tampoco hubiese pervivido durante tantos siglos. Para cada situación se necesita una clase de gente. Ahora nos toca actuar a nosotros al margen de ellos.

SERPERIO.— Ordenad, Magistrado.

MAGISTRADO.— Lo sabemos todo de los sediciosos. Quiénes son, dónde se reúnen, cuál es su verdadera fuerza y cuándo la guerrilla actúa sobre nosotros. Para eso pagamos bien a nuestros infiltrados. Como ves, Serperio, todo está revuelto y ya casi nadie confía en que la situación se normalice. Por todo ello nada de lo que hagamos será tomado en cuenta por la autoridad superior de Ilice. Bastantes problemas tienen ellos también. Todo está planificado y tú eres el responsable de llevar a cabo el plan. Si tú fallas fracasará el plan. Ten prudencia, ya que si caes muerto habrán ganado ellos. Por ello te aconsejo que, una vez detenido el cabecilla, la guardia lo lleve a la plaza para crucificarle durante la venta de esclavos, para eso debes de ocultarte esta noche sin

salir de la villa y estar presto al día siguiente para ejecutar el último acto. A partir de ahora, mano dura y sin miramientos ante la menor provocación. Sólo tienes que cumplir esta nueva orden secreta que acatarás al pie de la letra sin la menor objeción y deberás destruir tan pronto la hayas leído.

(El magistrado escribe en un papel y se lo entrega. Serperio, una vez leída la nota, intenta refutar al magistrado.)

SERPERIO.— ¡Señor!

MAGISTRADO.— *(Le tapa la boca.)* ¡Secreta y de cumplimiento sin objeción!

(Serperio rompe la nota y quema los papeles.)

MAGISTRADO.— Ahora puedes irte y no olvides lo que has leído.

SERPERIO.— Como siempre, podéis confiar en mí, Magistrado.

(Sale Serperio.)

ESCENA VIII

(Entra la magistrada que estaba escuchando.)

MAGISTRADA.— *(Con la voz fuerte y los brazos alzados.)* ¡Por todos dioses del Imperio! Por fin apareció el hombre duro y sin escrúpulos con quien me casé. ¡Te ha costado reaccionar, cabrón! A punto he estado de creer que tú también, igual que los inútiles de los capataces, ibas a ponerte a llorar por los días felices perdidos.

MAGISTRADO.— Apareció la primera y gran dama de Villa Petraria. La gran señora llena de gracia que escucha tras las paredes. ¿De veras te ha sorprendido que ordenase a Serperio que actuase sin contemplaciones? ¡Qué poco me conoces cuando crees saberlo todo de mí! Ahora sí que eres feliz, ¿verdad? Si yo te dijese que esta clase de órdenes siempre son las más fáciles de dar... Sí, ya sé, éstas son las que a mí siempre me gustaron ordenar.

MAGISTRADA.— Así te conocí. Implacable y temido por tus subordinados. Nada de tratos con nadie inferior a ti. Siempre rodeado de amigos próximos a las armas y el poder del dinero, el verdadero poder. Nuestra vida hubiese sido más fácil si siempre hubiese sido así.

MAGISTRADO.— ¿Recuerdas cuando me dijiste que yo sólo quería en este mundo a Petreyo? Pues fue la única vez que acertaste, querida. Me casé contigo

porque sabía que tú me ibas a dar la fuerza que yo no poseía para alcanzar nuestra suprema ambición. Quizá siempre fui a tu lado un cabrón, pero no un estúpido, aunque también te quise, no lo dudes. Ambos nos utilizamos y el juego acabó cuando fui nombrado magistrado.

MAGISTRADA.— ¿Quieres decirme que siempre fuiste débil, y que utilizaste mi dinero para ascender de posición? ¡Farsante, hipócrita! Jamás hubiese creído que serías tan miserable. Ahora comprendo lo de Petreyo. Él es como tú, débil e incapaz de ascender a lo más alto.

MAGISTRADO.— No, querida. Él no es incapaz de ascender a lo más alto. Él rechaza esta posición, que no es lo mismo. Él cree en una vida diferente a la nuestra. Él y Agnie aman lo que nosotros destruimos con nuestro egoísmo desmedido. Él no es débil como yo. Él intenta luchar contra lo que nosotros significamos. Lo fácil fue lo que hicimos nosotros, dejarnos arrastrar por la sociedad que nos rodea. Por eso quiero a Petreyo, por su nobleza, porque es fiel a sí mismo, valores que yo siempre desprecié. Porque no cesa de hacerse preguntas.

MAGISTRADA.— ¡Por fin contemplo tu verdadero rostro, Magistrado! (*Cambiando de ánimo y mostrándose cariñosa.*) ¡Cuánto habrás sufrido, cariño! (*Le acaricia.*) ¡Qué tiempo más hermoso hemos perdido! Pero sí es cierto que una vez me quisiste, como yo te quise a ti, todavía estamos a tiempo de volver a empezar. No más odio y desamor... Recuperemos los viejos tiempos que nos dieron todo. (*Le abraza,*

besándole.) Pero, ¡no! No más lamentaciones del infortunio que trunció nuestras vidas. Celebremos este encuentro que nace prometiéndonos una nueva vida. Espera, voy a por unas copas y hablemos de nosotros hasta que un nuevo sol vuelva a amanecer iluminando nuestro futuro.

(Sale de la habitación, mientras que el magistrado se queda perplejo, hablándose a sí mismo.)

MAGISTRADO.— ¿Será cierto que todavía pueda haber esperanza para nosotros? ¡Oh, dioses, que al fin os apiadáis de mí! ¡Ayudadnos a emprender un nuevo futuro! *(Con las manos se cubre la cara meditando.)*

MAGISTRADA.— *(Entra con las copas.)* ¡Bebamos y hablemos, querido! Te propongo que hagamos un viaje a Roma. Allí tenemos amigos y, por lo que cuentan, una nueva ciudad preciosa que desconocemos. Viajemos hasta encontrar el amor de antaño que nos vuelva a unir.

MAGISTRADO.— ¡Abandonar Villa Petraría! Huir de los problemas... ¡Si fuese posible! Yo también quiero olvidar el tiempo pasado. Pero, ¿cómo abandonar el deber? ¿Cómo dejar a Petreyo, que anda confundido?

MAGISTRADA.— Sí, olvidemos. Bebamos y olvidemos nuestra tragedia. *(Le da la copa.)* Brindemos para que el destino nos depare un tiempo de paz y amor, de intensa paz y amor entre nosotros. *(Beben los dos. Ella se aparta de él.)*

MAGISTRADO.— *(Tira la copa y se coge la garganta con gran dolor.)* ¡Oh, dioses...! ¡Traición! Muerto por ti soy, maldita. *(Va, tambaleándose, hacia ella.)* Ne-

cio de mí que en verdad te creí. (*Cae al suelo.*) En la tumba pago mi ingenuidad. Olvidé, ciego de mí, que las bestias acaban devorándose. (*Mira hacia la puerta.*) ¡Petreyo, hijo, perdóname! Muero sin haberte dicho nunca que te quiero. Petreyo, te quiero... te quiero...

MAGISTRADA.— ¡Adiós, Magistrado! Púdrete en la fosa, que para mí comienza mejor vida.

(*Entra Serperio.*)

SERPERIO.— ¡Por Júpiter, señora! ¿Qué habéis hecho?

MAGISTRADA.— ¡No me digas que te sorprendes!

SERPERIO.— En nuestros planes no procedía eliminar al magistrado de este modo. Convenimos que había que esperar a que la situación del pueblo estallase para justificar su muerte.

MAGISTRADA.— ¿Acaso no fue el mismo magistrado quien te dijo que nada de lo que suceda en la villas sería considerado por los mandos superiores? Pues bien, él fue su primera víctima. (*Le sirve una copa de la botella.*) Tomemos una copa, Serperio, ¡que falta nos hace! Y no temas, que muerto no me haces falta. Yo te necesito tal como eres, fuerte, valiente, astuto, joven y hermoso. Te necesita la viuda para volver a tener otro magistrado, y también la mujer para sentirme viva en esta tumba putrefacta. Bebe y no temas, Serperio, que conozco la vida y sé lo que tu ambición y juventud desea.

SERPERIO.— Señora, nada temo y nada os debe de inquietar. Yo resolveré esta situación favorablemente.

MAGISTRADA.— ¡Así me gusta que seas! Cuando llegue el momento serás magistrado del mismo modo que lo fue el estúpido de mi difunto marido. Poseerás lo que desees y yo te tendré a ti. Tal vez no pueda satisfacerte completamente. Quizás tengas que buscar lo que tu juventud necesita, aunque nada se le niega a un magistrado. ¿O quizá tal vez ya tengas lo que yo ya no pueda darte...?

SERPERIO.— ¡Qué importa eso! Me habláis de instantes, de horas de placer, cuando también me ofrecéis toda una vida de poder. ¡Señora, el poder es el mayor placer de este mundo! *(Se dirige corriendo hacia la puerta gritando.)* ¡Atención, la guardia! Han envenenado al Magistrado. ¡Detened a todos los sospechosos!

(La magistrada coge al difunto en sus brazos, mientras entran soldados.)

MAGISTRADA.— ¡Oh fatal desventura, qué gran desgracia ensombrece Villa Petraria!

TERCER ACTO

ESCENA I

(En la sala del mosaico ante la máscara del magistrado.)

PETREYO.— ¡Oh, terrorífico crepúsculo de sombras y muerte! ¡Danza infernal donde Osiris y Plutón estremecen esta villa! ¿Qué poder, qué fortuna, qué gloria nos libraría de tanta atrocidad, de este fatal destino...? *(Cogiendo la máscara de su padre, con ironía.)* ¿Cuándo, Magistrado... un poco de paz en este mundo violento que no acaba de aceptar el supremo fin de la Paz Romana? *(Sujetando la máscara apoya su cabeza sobre un espejo, gritando.)* ¿Cuántas inocentes muertes costarán vengar la tuya? *(Lleno de cólera.)* No, no. No más tragedia sobre Villa Petraria. ¡Sombras de infortunio y muerte! ¿Cuándo acabará esta danza macabra que nos enloquece y nos ahoga con nuestra propia sangre? *(Más íntimo.)* ¡Oh, padre! ¡Qué abatido me dejas! Presiento que la noche me acecha y tu espada no está para protegerme... Pero ¿por qué tan sólo me protegiste? ¿Tanto te costó quererme? De niño nunca supe de tus caricias ni de tus besos. Tu crueldad me negó lo que yo más necesitaba cuando te veía como a

mi ídolo soberano... ¿Es qué a ti, de niño, nadie te quiso? ¿Qué extraño deseo vergonzoso te hizo concebirme, o quizá también dudaste de tu paternidad? ¡Oh, padre! Recuerdo que siempre seguías de lejos mis juegos, pues nunca me permitías que ni siquiera rozara tu mano, sólo me tomabas en tus brazos cuando corría algún peligro. Te quedabas inmóvil, absorto. ¡Oh terrible crueldad! ¿Veías en aquel triste niño tu propia amargura dibujada en mi imagen, o tal vez tu prolongación, tu sucesor en la magistratura, que fue lo que realmente siempre amaste? ¿Te decepcioné, verdad? A pesar de que nunca me negué a tus dictados. Pronto, pronto supiste —aunque te esforzaste en conseguirlo— que yo no era de tu misma catadura, aunque tal vez te consolaba observar que tampoco me semejaba a la de mi madre. ¡No, no, nunca fui un problema para vosotros! Siempre fui un niño silencioso y disciplinado que sabía cuándo estaba de más. ¿Recuerdas las horas muertas que pasaba en tu biblioteca? Allí, oculto en la penumbra de mi soledad descubrí, el verdadero mundo. ¡Por todos los dioses! Qué feliz fui siempre allí. Sí, padre, entre penumbras descubrí este mundo sórdido y cruel, y otro distinto, casi ignorado por éste. ¡El mundo del conocimiento que me descubrió la sensibilidad y la belleza! Aquel descubrimiento me hizo feliz, sí. Pero también sufrir mucho, al valorar nuestras pobres vidas respecto al pensamiento sutil y armonioso de los filósofos y poetas helénicos. ¡Padre mío, es verdad irrefutable que cada hombre vive, se decide y muere por

sus propias leyes! ¿Sabes?, es muy duro vivir en un mundo cruel que no es el tuyo y a su vez soñar en otro totalmente feliz. Teníais razón cuando pensabais que no estoy cuerdo... Junto a Agnie supe que aquel mundo que vosotros pisoteáis era posible, quizá en un reducto íntimo... muy lejos de aquí... cerca de las estrellas. (*Abraza la máscara.*) ¡Ah, desdicha liberadora que arranca de mi pecho este preso sentimiento! (*Llorando.*) ¿Sabes, padre? Yo te quise a pesar de todo, y durante toda mi vida, en mi soledad, esperé que me tendieras tu mano. Desprecio cuanto tú representabas, padre, pero nunca te desprecié a ti. Quizá sea cierto que pierdo el juicio cuando tengo que renunciar de todo lo que supuso tu vida... que también es la mía. ¡Me repugna descubrir que yo también puedo ser despiadado! Recuerdo que en nuestras discusiones siempre concluías aseverando que la implantación de la Paz Romana había costado menos sangre que la que derramaban los miserables pueblos del mundo en sus constantes luchas entre ellos. ¡Pura aritmética, padre, pura y fría aritmética...! ¿Qué pensarás ahora, cuando tú mismo has sido víctima del odio que no pudisteis erradicar? Adriano sí supo discernir dónde estaba el verdadero mal del Imperio, pues sintió más preocupación por el orden de los espíritus que por el orden de la calle. No sé, ¿pero cómo entender que sea esta época nuestra una de las edades de oro de la humanidad? Sobre tus despojos, en Villa Petra-ria, revolotean cuervos sanguinarios esperando la fatal caída de nuestras gloriosas águilas doradas.

Y yo, ¡infeliz de mí!, nada puedo hacer por salvar los verdaderos valores que el desdichado Imperio quiso, con la fuerza de las armas, establecer en la faz de la tierra. ¡Descansa en paz, padre mío, que no te faltará mi amor y mi recuerdo en este mundo desquiciado! ¿Qué será de nosotros? ¿Cuándo, ¡oh dioses!, acabará esta danza infernal...?

ESCENA II

(En la sala del mosaico. Mesa con sillas y sofá. Se enciende la luz tenuemente y aparecen, tumbados en el sofá, la magistrada y Serperio. Acaban de tener una relación amorosa.)

MAGISTRADA.— *(Estirándose los brazos.)* Oh, dioses, cuánto necesitaba esto. Ya casi lo había olvidado. Por fin se acabaron los viajes a las consultas de galenos y tantas excusas estúpidas. Vuelvo a ser la mujer que siempre me sentí... No hay nada en la vida que me proporcione más fuerza y ánimo...

SERPERIO.— *(Con voz dulce, levantándose.)* Señora, yo también me he sentido feliz con...

MAGISTRADA.— *(Lo aparta bruscamente. Ella también se levanta y se arregla el vestido.)* ¡Calla, imbécil! No me estropees este momento. ¿Qué sabrás tú...? ¡Ja, ja, ja...! *(Se ríe como perturbada.)*

SERPERIO.— *(Nervioso.)* Sólo pretendía ser amable...

MAGISTRADA.— *(Con voz fuerte y decidida.)* Olvidalo, Serperio. Vamos a lo nuestro...

SERPERIO.— Señora, dispuesto está todo lo que me ordenasteis.

MAGISTRADA.— ¡Toma estas monedas! *(Va a entregarle una bolsa con monedas, pero antes se detiene.)* Pero antes dime, ¿qué orden te dio el Magistrado por escrito que no pude oír?

SERPERIO.— Ya casi lo había olvidado. Nada que ahora os pueda inquietar.

MAGISTRADA.— Dímelo o te retiraré mi confianza.

SERPERIO.— Me dijo... (*Intenta evadir la respuesta.*)

MAGISTRADA.— No tengas miedo a los muertos, Serperio, nada ya nos pueden hacer. Aunque algunos, si pudieran...

SERPERIO.— Señora, cuentan que a veces se escuchan sus voces...

MAGISTRADA.— ¡Basta! Te creí valiente y hablas como un viejo asustado. Si eso que dices fuese verdad, hace ya muchos años que yo hubiese... ¡Serperio, en estos momentos te estás jugando tu brillante futuro!

SERPERIO.— Confíad en mí. Mi destino está ligado al vuestro.

MAGISTRADA.— (*Deja de presionarle intencionadamente.*) Toma el dinero. Repártelo con tus soldados, pues es necesario que hagan un buen trabajo.

SERPERIO.— Así será, no dudéis de mí... Sabed que el Magistrado me ordenó explícitamente que, en caso de peligro, protegiese a Petreyo y a la sacerdotisa.

MAGISTRADA.— ¡Con que era eso! ¡Fantoche inepto...!

SERPERIO.— El Magistrado, ante el cumplimiento de las órdenes represivas que me dio, esperaba que la guerrilla entrara en acción sobre Villa Petraria y tal vez...

MAGISTRADA.— Si eso ocurriese procura que Petreyo no sea herido de muerte, pero no evites que tenga que luchar para sobrevivir. Que sepa lo que ha cos-

tado ganar la posición que disfruta. En cuanto a la zorra de la sacerdotisa y su padre, cuanto antes acaben mejor.

SERPERIO.— Señora, tengo planes que estremecerán de horror a todos esos canallas desagradecidos.

MAGISTRADA.— Eso espero, Serperio. *(Sale la magistrada y se oye su voz en off indicando a los soldados que esperan que pasen.)* Pasad, vuestro jefe os aguarda. Espero que venguéis la muerte de mi querido esposo.

ESCENA III

SOLDADOS.— ¡Salve, Serperio!

SERPERIO.— ¡Salve!... Y bien, ¿traéis toda la información?

SOLDADO 1.— Tomad el listado de nombres de todos los sospechosos y los más comprometidos.

SOLDADO 2.— He aquí los lugares donde se esconden; también los días y horas en que se reúnen.

SOLDADO 3.— La relación de esclavos, hombres y mujeres aptos para ser vendidos, y nombres de colonos dispuestos a colaborar con el ejército a sabiendas de que siempre huyen del peligro.

SERPERIO.— ¡Muy bien, muchachos! Comience el plan. Aquí tenéis el dinero, es más de lo que habéis soñado en vuestra vida. No quiero fallos. Esta operación tiene que ser rápida y perfecta. Vigilad las salidas del poblado para que nadie escape con noticias. Debemos ser astutos y aprovechar el momento. Todos los magistrados de la comarca han sido llamados a Ilice para recibir instrucciones ante un posible asedio de los bárbaros. Esto y su propio temor les apartará de sus puestos, pues muchos ya han pedido ser sustituidos por militares. Y ya sabéis, entre nosotros, los que ansiamos el poder, no hay ningún tipo de problema. También gentiles, senadores y patricios,

que nos prefieren a nosotros, acaban pidiéndonos
nuestra intervención para salvar sus pellejos y sus
bolsillos. ¡Suerte a todos!

SOLDADOS.— (*Se despiden.*) ¡Salve, Serperio!

CUARTO ACTO

ESCENA I

(Por la tarde, en la plaza del pueblo, bajo la amenaza de tormenta para la noche se encuentran Indevil, Ambón y Materno, entre gentes del pueblo y soldados.)

MATERNO.— Escucha, Indevil. Ha llegado la hora de poner en marcha nuestro plan para apartar de la escena esta noche a Serperio. Confiemos en que primero lo cacemos nosotros a él, antes de que él acabe con nosotros. Corina ha vuelto a atar la cinta roja en su ventana. Ello nos indica que en la última hora de hoy se volverán a encontrar en los baños. Éste es mi plan, que he mantenido en secreto por si nos detenían y os hacían hablar. Prestad mucha atención. En la última hora, puntualmente, Serperio saldrá solo del cuerpo de guardia con dirección a los baños. Nosotros le esperaremos escondidos dentro del carro de la leña de los hornos. Cuando llegue a nuestra altura, dos flechas, lanzadas al mismo tiempo, lo derribarán. La primera deberá atravesarle la garganta y, la segunda, el corazón, sin alterar el silencio de la noche. Rápidamente, como bien nos sugirió Ambón, cargaremos su cuerpo en el carro de la leña y lo esconderemos en los hornos. Allí nuestros hombres

del turno de noche, antes de que amanezca, quemarán su cuerpo para que el olor y el color del humo no sea detectado mientras duerme la población. Cuando llegue el momento de la acción final, sus hombres creerán que su jefe es uno más de los que han huido antes de la caída del Imperio.

INDEVIL.— Perfecto, pero si es Serperio el que se adelanta será el fin de todos nosotros.

MATERN.— Tranquilízate y piensa que hemos hecho más de lo que se nos podía exigir.

ESCENA II

(Ocultos en la necrópolis, Petreyo y la sacerdotisa aguardan la llegada de Salóndico.)

SACERDOTISA.— ¡Mi buen Petreyo! ¿Qué será de nosotros? Nunca me he sentido tan sola desde la muerte de mi madre. Como tú me dijiste, he avisado a Salóndico para que se reuniera esta noche con nosotros. Me dijo que a mi padre lo tienen aparte, en una celda de seguridad, apartado de los otros esclavos como a un perro. Cuando me enteré de la muerte de tu padre presentí que corría peligro, por lo que le rogué que no bajara a la villa, ya que en las cuevas de la montaña estaba más protegido.

PETREYO.— ¡Fue terrible la detención de los esclavos! Aprovecharon la tormenta y la oscuridad de la noche para ahogar sus gritos. Cayeron como ratones. No sé cómo decírtelo, Agnie...

(La escena se representa con sombras, tras un telón. Llega la noche y aumenta la intensidad de la tormenta. Los soldados con antorchas van sacando a las gentes de sus casas y se oyen golpes de látigos. Se oyen gritos de los soldados que insultan a los esclavos: ¡Malditos, escoria, traidores...! Las gentes gritan: ¡Piedad, auxilio, canallas, asesinos...! A medida que los van sacando son atados en el centro de la plaza, entre los que destacan Indevil, Ambón

y Materno. Algunos soldados pisan la cabeza de los esclavos inmovilizándolos. Los rayos, el estruendo de la tormenta y la música de danza que no cesa dan un aspecto trágico a la escena. Acaba el acto sometiendo los soldados a las gentes del pueblo, formando un cuadro plástico que pondrá de manifiesto la brutalidad y la pérdida de la libertad, mientras un rayo de luz hará brillar las insignias romanas con sus águilas doradas del Imperio.)

SACERDOTISA.— Dime, ¿qué castigo va a recibir mi padre por ser el principal instigador?

PETREYO.— Va a ser acusado por inductor de la muerte del Magistrado. Un sirviente, después de ser apaleado, declaró contra él la misma noche de su muerte, acusándolo de haberle facilitado el veneno.

SACERDOTISA.— ¡Oh, Madre, ten piedad! Mi padre nunca haría semejante crimen. Mi padre siempre ha sido un luchador, nunca un criminal cobarde. Jamás utilizaría otra mano su espada. No, Petreyo, no lo creas, él es inocente de la muerte del Magistrado.

PETREYO.— ¡Por todos los dioses! Comprende, Agnie... El vacío de poder ha puesto en manos de Serperio el mando absoluto de la villa, además del despacho del Magistrado y... ¡Ah, Serperio, te mataré! ¿O quizá fue alguien más...? (*Reflexionando.*) Recuerdo que la misma noche de la detención general la Magistra entró asustada a mi habitación y, despertándome, me dijo que la tormenta le horrorizaba, que gritos y voces extrañas resonaban en las montañas. “Tienes que defender la villa”, me repetía insistentemente... Intenté calmarla explicándole que su pesadilla era

producto de un mal sueño. Insistió en que saliera... pero no me fié de sus palabras y, ante su asombro, cerré de un golpe la puerta de mi habitación.

SACERDOTISA.— Petreyo, ¿qué va a ocurrir? Tengo mucho miedo y, sin embargo, creo que yo también tomaría las armas para recuperar a mi padre. Quiero correr su misma suerte, la suerte de los desdichados de la villa. Nunca podremos ser felices si ellos mueren...

PETREYO.— Morir, vivir... ¡Oh, gran dilema! ¿Acaso esto es vivir? ¿Para esto hicieron los dioses la vida? Los imperios se preceden unos a otros y sobre ellos los cadáveres se amontonan ante la desolación del mundo.

SACERDOTISA.— Vivir, morir... No es nada en el misterio de la vida, Petreyo. No es lo más importante. ¿Es que no prevalece en ti, incluso en momentos tan duros, soñar y amar...? Sí, Petreyo. ¡Soñar y luchar por un mundo ideal...! Amar más que a nada a toda la creación, aunque el dolor y la rabia se ceban con nosotros. Mi madre, que murió esclava —¡la pobre!—, poco antes de morir, ante nuestra aflicción, nos dijo que mientras veamos cómo nace una flor de entre los muertos y las mujeres esclavas amamanten a sus hijos había que tener esperanza.

PETREYO.— Esperanza, ¿para qué? ¿Estás ciega o loca tanto como yo? ¿No sé cómo puedes quererme todavía? Antiguos imperios tan crueles como el nuestro, que regaron de sangre la faz de la tierra, ya se han borrado de nuestra memoria y sin embargo nosotros somos sus herederos. ¿Cómo quieres, querida

Agnie, que tenga esperanza? Me resulta imposible comprender que, cuando ya está todo consumido, al mismo tiempo brote de nuestra desdicha la luz de un nuevo amanecer.

SACERDOTISA.— ¡Entiéndelo, querido Petreyo! Si no se vierte nuestra sangre, si no luchamos todos, pero todo el pueblo junto, no surgirá otra población mejor que ésta.

PETREYO.— Pero ¿hasta cuándo, Agnie, hasta cuándo? ¡Oh, dioses! ¿Cuánta sangre sacrificada necesitáis para que cese tanto dolor?

SACERDOTISA.— Tal vez nosotros no lo notemos, pero tengo el presentimiento de que, en cada generación, algo nace en algunos hombres, algo nuevo queda en esa corriente humana que no cesa de traspasar los siglos de la historia que hace que, aunque sea mínimamente, avancemos a mejor, seamos de otra forma y sólo podemos darnos cuenta de ello si somos capaces de vencernos, de elevarnos y vernos desde la lejanía. Las semillas de la paz y del progreso, Petreyo, están bien guardadas en el espíritu que envuelve la vida; en el corazón de cada uno de los seres humanos que dan ejemplo. Verdadera forma de influir en los demás que paso a paso, casi silenciosamente, hacen lo que pueden por mejorar la condición humana.

PETREYO.— (*Fuera de sí mismo.*) Agnie, la mayoría de la gente que conocí están todos muertos. Sólo veo gentes miserables que se acomodan, para quienes la vida solamente empieza y acaba en ellos mismos, sin contar con los demás. Ellos han sido la ruina del

Imperio. Pero no es sólo esto lo que siento. Lo que me desespera es saber que, al igual que nosotros, esto mismo se irá repitiendo al paso de los siglos.

SACERDOTISA.— (*Abrazándole y besándole llena de ternura.*) ¡Petreyo, Petreyo... pobre Petreyo! ¡Cuánto estás sufriendo! A mayor adversidad, creo que nace una nueva esperanza en la vida. ¡Te quiero, Petreyo, te necesito más que a nada en este mundo!

ESCENA III

(Llega Salóndico y los abraza emocionado.)

SALÓNDICO.— ¡Mis queridos amigos! Vuestra presencia alivia el dolor que me aflige. Seguid juntos, sin dejar de amaros..., hacéis que la esperanza vuelva a mi viejo corazón, cansado de tanto sufrimiento.

SACERDOTISA.— ¡Por fin llegáis, Salóndico, mi amado amigo...!

SALÓNDICO.— Dejadme que os abrace. Dejadme que sobre vuestros hombros llore de alegría porque en vuestro amor veo la unión y el futuro que siempre anhelé a pesar de la tragedia que lo envuelve.

PETREYO.— Tranquilizaros, buen hombre, que bien comprendemos lo que queréis decir.

SACERDOTISA.— Sentaos, Salóndico. Descansad y escuchad a Petreyo que tiene noticias importantes que contarnos.

SALÓNDICO.— Disculpádme, amigos. No haced caso de este viejo cansado.

PETREYO.— Escuchadme. Quizá con lo que os voy a decir me convierta en un traidor a Villa Petraria, pero es necesario que evitemos el cumplimiento de los planes que los soldados pretenden ejecutar...

SALÓNDICO.— ¡No, Petreyo, tú no te impliques! ¡Ése es nuestro deber! No añadas más dolor a tu alma. No

incurras, por nosotros, en actos que puedan turbarte durante toda tu vida. Ciertamente es que nuestros mejores hombres están presos, pero los que quedan libres, a pesar de su miedo, la venganza y la cólera les hará luchar tenazmente por la libertad de todos. ¡Ah, Materno, loco temerario! Sí, Agnie, siempre me ha exasperado tu padre. Impaciente, colérico y tozudamente terco, pero en el fondo le admiro porque tiene la grandeza de dar su vida por la nuestra. Sólo una vida dedicada a los demás merece ser vivida.

PETREYO.— Salóndico, amigo. A pesar de tu consejo creo que un hombre ha de hacer siempre lo necesario para evitar un flagrante atropello. Nadie sabe hasta dónde puede llegar un pueblo al borde de la desesperación. Las mayores locuras y grandezas se ponen de manifiesto en momentos excepcionales, únicos, y éste será uno de ellos, no tengo la menor duda. Los planes de Serperio van a coincidir en un momento en que el Imperio está a punto de dejar Hispania a su suerte. A Serperio le corroe la ambición, sabe que muchos generales del Imperio partieron de ser simples soldados y ahora una fuerte suma de dinero le ha sido entregada para ejecutar una miserable venganza.

SALÓNDICO.— ¿Venganza decís?

PETREYO.— Sí, Salóndico. Quieren crucificar a Materno y a los demás volver a venderlos como esclavos. Necesitan más dinero para mantenerse en el poder mientras puedan o para salvarse de la caída del Imperio.

SACERDOTISA.— ¡Oh, no! Asesinos.

SALÓNDICO.— ¡Crucificar a Materno! ¡Volver a la esclavitud!

SACERDOTISA.— ¡Salóndico, hay que evitar que mi padre muera! ¡Que nadie vuelva a ser vendido como esclavo! Tú y Leuton podréis organizar un grupo de hombres para evitarlo, y contad con la ayuda de las mujeres.

SALÓNDICO.— ¡Oh, dioses, ayudadnos...!

PETREYO.— Sabed que yo nada podré hacer. Estad preparados pues la ejecución será pronto.

SALÓNDICO.— Mañana, al alba, Leuton pedirá ayuda a nuestros hermanos de la villa de Las Agualejas. Subiremos a la villa de Caprala y desenterraremos las falcatas de nuestros antepasados ocultas en las cuevas de la montaña. Petreyo, nuestra lucha no es contra Roma, pues no podríamos luchar contra nosotros mismos, sino contra la barbarie que pretende hacernos volver a los tiempos de la plena esclavitud...

SACERDOTISA.— (*Cortándole la palabra.*) Y la vida es un tiempo limitado de historia que no regresará jamás. Robarnos nuestro tiempo finito es como robarnos la vida, como asesinarlos y seguir vivos. La vida no es completa si no se vive con libertad. Sí, Salóndico. Luchemos en esta hora crucial, la Gran Madre sabrá cómo ayudarnos.

SALÓNDICO.— Me voy, amigos, es peligroso seguir aquí. Mañana todo quedará dispuesto. Cuidaros de que no os prendan y confiad en nosotros.

SACERDOTISA.— Gracias por todo, Salóndico. ¡Que la Gran Madre te guíe!

PETREYO.— Tened esperanza. Quizá no esté todo perdido.

(Sale Salóndico.)

SACERDOTISA.— *(Ante las tumbas con flores.)* Petreyo, ven aquí. *(Petreyo y Agnie estarán en ambos lados del escenario. Los dos caminan hacia el centro. Petreyo levanta sus brazos para encontrarse con los de Agnie. Mirándose fijamente se cogen las manos con los brazos extendidos. Soltándose de una mano se giran frente al público.)* ¿Qué ves en esta tierra con flores que cubren restos humanos podridos? Éste es el fin de toda batalla. Aquí están las últimas gotas de sangre, los últimos anhelos, los últimos sueños de libertad... ¡Oh, necia humanidad! Aquí, la madre tierra, en sus entrañas, funde el odio y el amor, la inocencia y la maldad para que nazca el símbolo de la paz y la belleza, cuajadas en esta perfumada flor. *(Coge una flor y se la ofrece a Petreyo.)* ¡Huele, Petreyo! Aspira este otro trozo de vida pura que por su insignificancia pasa casi inadvertida. En esta flor está dormida toda la heroica y podrida sangre de la historia... y ¡cuán delicado y agradable es su perfume! Quizá sea éste el gran misterio, la gran respuesta que no encuentra el mundo. La triste canción de la vida que, desde la creación, nos anuncia el final de los siglos. Y mientras quede vida, a pesar de la insensata locura, como aquí vemos... *(Besando la flor.)* prevalecerá la serenidad y la belleza. ¡Oh, tiempo desdichado y erróneo! ¡Oh, vida hermosa inútilmente perdida! ¡Oh, Gran Madre! ¿Cuándo la humanidad abrirá sus ojos ciegos por la codicia? ¿Cuándo cesará el

sufrimiento y vivir sea el inmenso placer? ¿Cuántos siglos de lucha serán necesarios para aclamar la gran victoria de la humanidad que alumbre la verdadera paz...?

PETREYO.— (*Cae de rodillas ante ella y abraza su cuerpo tenso.*) Agnie, vida mía, perdónanos... Sólo puedo decirte, por lo que represento, que lo siento..., lo siento, lo siento...

ESCENA IV

(En la villa. La magistrada, sentada en el canapé, se está arreglando un vestido. Con la tijera corta el tejido. Corina está sentada junto a ella. Julia, Alcurnia y Antonia, sentadas, forman un círculo.)

MAGISTRADA.— Queridas amigas, os aseguro que no toleraré más vuestro desquiciado nerviosismo, pues no hay motivo para tanto revuelo. ¡Haced como yo! Entreteneros en casa arreglándoos los vestidos que os aprecies, pues ahora ya no llegan vestidos preciosos para poder comprar. No tenéis nada que temer, los soldados controlan perfectamente la situación. La muerte del magistrado pedía justicia y ya ha llegado el momento en que los asesinos paguen su deuda. Materno y sus seguidores más peligrosos están bien custodiados por Serperio... Más bien, deberíais estar contentas, pues los soldados han acabado con todos los problemas. A partir de ahora podremos vivir más tranquilas, pues todos obedecerán sin rechistar. No hay nada como un pueblo quieto, dormido o mudo.

ALCURNIA.— Magistrada, es cierto que tenemos mucho miedo. Pero más miedo me da que nuestros maridos no trabajen solucionando los problemas de cada día. Siento pánico de que mi marido, Cinero, no tenga problemas al realizar su trabajo.

CORINA.— ¡No le hagáis caso a Alcurnia, señora! En cambio, Valerio me dice que esta situación tenía que llegar para que por fin se arreglasen las cosas. Seguro que ahora vamos a vivir mejor. Tendremos más sirvientes y la tierra nos dará más beneficios... mejor vida. Amigas, reconoced que no sabéis vivir. Que sois hijas del pueblo y que vuestras abuelas, al igual que las mías, también fueron esclavas, y que... su tiempo fue otra historia.

JULIA.— Corina, como siempre, ve en la vida el lado que le beneficia. Para ella la vida es placer y aparta la vista de lo demás. Pero lo cierto, Magistrada, es que las cosas no son como ella dice. A Curcio y a mí nos preocupa la situación de nuestra familia y el futuro de nuestros hijos en esta tierra que no acabó nunca de asimilar totalmente el Imperio.

MAGISTRADA.— Julia, no sé qué te habrá metido en la cabeza tu marido. Tú siempre fuiste demasiado reflexiva, por lo que no comprendo cómo, ahora que nuestra situación nos es más favorable que nunca, estás más preocupada. ¿Sabes lo que te pasa, querida? Que Curcio te ha contagiado su miedo. Si él no tiene valor para ser capataz de Villa Petraria, nunca debió aceptar trabajar con el magistrado, pues aunque sea un inadaptado a la situación actual su cargo le implica estar consecuentemente con el magistrado, aún después de muerto.

JULIA.— Curcio, cuando aceptó su cargo, no pensó en trabajar para el magistrado, si no con el magistrado, en el desarrollo de todos los aspectos que confluyen

en Villa Petraria. Y, por supuesto, ambas cosas son bien distintas, aunque estén juntas.

ANTONIA.— ¡Julia! Mi marido, Jesano, siempre ha creído en el Imperio. Hasta la saciedad ha repetido que el mundo sin el Imperio sería un caos. Que mantener el sistema con sus múltiples fallos ante las agresiones era su primera obligación y que la autoridad y las leyes deben de prevalecer para el buen orden.

ALCURNIA.— ¡Pero, Antonia! ¿No ves que el problema precisamente está ahí, en que los soldados han abolido las leyes?

MAGISTRADA.— No es cierto que Serperio haya abolido las leyes de Roma. Él no tiene autoridad para hacerlo. Pero el estado de excepción en que vivimos ha aconsejado, circunstancialmente, actuar con rapidez para controlar la situación de desorden y asesinatos que nos acecha.

ANTONIA.— Me alegra mucho que mi marido coincida plenamente con la autoridad vigente. Pero a pesar de lo que dice Jesano y la autoridad de Serperio, tengo mucho miedo de salir sola. Desde que apresaron a Materno no puedo conciliar el sueño. También tengo miedo de dormir sola, e incluso me da miedo comer porque presiento que la comida puede estar envenenada. ¿Y sabéis lo que es peor...? Tener que reprimirme para no llorar y gritar, por no asustar a mis hijos.

CORINA.— ¡Pues, hijas! A mí me pasa ahora todo lo contrario. Duermo con quien quiero y me paseo por la villa como una reina luciendo mis mejores vestidos y joyas... para que sepan quienes mandan aquí.

(*Pensativa.*) Aunque... no estaría nada de más que antes de comer diese a probar la comida a mi esclava. (*Se ríe.*)

ALCURNIA.— ¡Estúpida Corina! ¿Te ríes, putona insensata? Lo que tú haces no es sinónimo de mandar, sino de provocar. Y cuídate de que algún día que vayas pavoneándote por la villa, una falcata perdida en el viento se te clave entre tus hermosos pechos.

MAGISTRADA.— ¡Basta ya! Comportaros como esposas dignas de los hombres que dirigen la villa. Con vuestros miedos en nada contribuís a que ellos actúen con decisión.

ALCURNIA.— ¡Magistrada! ¿Acaso no sabéis que nuestros maridos ya no actúan en nada? Es el invencible Serperio y sus soldados los que lo hacen todo y... eso sí, de vez en cuando, los sacan de paseo para enseñarles lo que ellos hacen y exigirles su aprobación.

ESCENA V

(Entran Serperio y los capataces Cinero, Valerio, Curcio y Jesano.)

SERPERIO.— *(Con guasa, cogiendo a dos capataces por los hombros.)* ¿Quién osa pronuncia mi nombre y alaba mi capacidad militar tan irónicamente? *(Se ríe.)*

MAGISTRADA.— ¡Serperio! Ahora hablábamos de vosotros. Señores, ¿qué les contáis a vuestras mujeres que están tan asustadas?

SERPERIO.— ¿Acaso temen por la vida o quizá por la buena vida? *(Se ríe.)* Aunque sin vida no puede haber buena vida, ¿verdad? *(Se ríe más fuerte.)* Señoras... *(Caminando con aires chulescos.)* Os repito lo mismo que acabo de decirles a vuestros maridos. Calma... No va a pasar nada... Serperio y las legiones de Roma nos garantizarán la buena vida... *(Se ríe.)* Aunque no hay una buena vida completa sin el apasionamiento de nuestras mujeres, ¿verdad, señores capataces? *(Se ríe mirando descaradamente a la magistrada.)*

MAGISTRADA.— *(Disimula ofreciéndoles una copa.)* Os encuentro muy eufórico, Serperio. Tomad, bebed una copa para que os ayude a mantener el tono divertido que traéis. Beban todos, pues no hay motivo para lo contrario.

SERPERIO.— (*Cogiendo la copa.*) Gracias, Magistrada, os lo agradezco. Es una buena ocasión, pues sabed que no me gusta beber solo. La soledad y el alcohol no son buena compañía. A veces gastan malas bromas. (*Al beber se tambalea.*) También es verdad que cuando se bebe con muchos, nuestros relucientes cascos no se tienen encima de nuestras cabezas. (*Se ríe más.*) Venimos de hacer una ronda por la villa, y los capataces han comprobado que todo está en orden. Y, por supuesto, hemos hecho algunas paradas en nuestras bodegas para comprobar el buen vino que mandamos a Roma. Así es... el vino es excelente, fue delicia de los dioses y ahora de nuestros emperadores. Los buenos siervos siguen trabajando y los instigadores y asesinos en lugar seguro. ¿Acaso no es un buen motivo para seguir bebiendo? (*Bebe y se ríe. Dirigiéndose a los capataces.*) ¿Qué ocurre? ¿Por qué tanto mutismo?

CINERO.— Magistrada, Serperio. Es hora de que Alcurnia y yo regresemos a casa.

MAGISTRADA.— ¿Qué te pasa, Cinero, acaso no te gusta el ambiente? Aguanta un rato más. Como bien dice nuestro jefe de la guardia, tenemos el mejor vino. Y yo añadido que también tenemos excelente comida y la compañía es la más selecta de Villa Petraria. Un gran día se aproxima y debemos celebrarlo en honor a Serperio, nuestro jefe militar. Por favor, amigos, convirtamos esta reunión en una fiesta.

CORINA.— Sí, celebremos una fiesta. Me apetece divertirme, cantar, bailar, beber, hacer locuras... (*Se ríe junto a Serperio que le coge de las manos y baila con él.*)

JULIA.— Serperio, si os vieran vuestros soldados no se lo creerían. ¿Dónde está ahora el temible Serperio?

SERPERIO.— (*Soltando a Corina.*) ¡Curcio, ahora que Julia empieza a animarse le decís que calle! Tenías que haber sido nombrado capataz de funerales y necrópolis.

VALERIO.— Yo ahora tenía que estar visitando las cosechas, pero los soldados, estando a medio camino, me han hecho retroceder al ir sin protección. Podía ser pasto de los rebeldes que andan escondidos en los montes. Así que creo que lleváis razón: ¿Por qué no un rato de diversión? Bastante preocupación y problemas hemos tenido últimamente. Bebamos. Brindo por la Magistrada y Serperio, que por fin han conseguido la paz de la villa... y, por supuesto, por Corina, que como veis quiere que seamos todos felices...

MAGISTRADA.— ¡Gracias, mi fiel Valerio! No sabéis bien la virtud y la capacidad que tiene la dulce Corina de hacer felices a sus amigos.

CORINA.— (*Con ironía.*) Magistrada, os aseguro que en el arte de la complacencia, en esta villa, la exclusiva no es sólo mía.

JESANO.— Amigos, con mucho gusto nos quedaríamos Antonia y yo, pero sé cómo acaban estas fiestas y la verdad es que mañana me gustaría encontrarme perfectamente para no perderme el espectáculo.

ANTONIA.— Sí, Jesano, volvamos a casa. Nuestros hijos nos esperan.

JESANO.— Serperio, creo que tú también tendrías que retirarte, pues mañana tu presencia será necesaria.

SERPERIO.— Ahora que estamos en lo mejor. ¡No seas aguafiestas, Jesano! Aunque esta noche cogiese una gran borrachera que me tuviese tumbado todo el día, como tú bien dices, el espectáculo de mañana se realizará según está previsto. Mis soldados saben perfectamente lo que tienen que hacer tan pronto las luces del nuevo día asomen por la gran sierra. Así pues, bebamos hasta saciarnos, que lo que ha de suceder, sin ninguna duda, sucederá.
(*Se ríe bebiendo.*)

CORINA.— (*Corina va al encuentro de Serperio.*) ¡Contadme, Serperio, que mi marido nunca me dice nada! Decid, amigo, ¿de qué clase de espectáculo habláis? ¿Será bonito, habrá músicas y danzas?

CORINA.— (*En voz baja.*) Esta noche te necesito más que nunca.

SERPERIO.— (*En voz baja.*) Imposible, la cita de esta noche te la debo. (*En voz alta.*) Corina, música creo que no habrá. Pero baile... (*Se ríe.*) Por supuesto que bailarán todos, aunque no tengamos, como en Roma, a las preciosas bailarinas de Cádiz. ¡Ah, Roma, cómo te deseo! ¡Cómo anhelo vivir allí para defenderte de la fiereza y ambición del resto del mundo que te contempla lleno de envidia!

ESCENA VI

MAGISTRADA.— (*Sentada en el canapé.*) Serperio, tú también deberías irte.

SERPERIO.— (*Llenándole la copa.*) ¡No, Magistrada, ésta es nuestra fiesta! Creo que nos la merecemos. ¡Por fin ha llegado el día de nuestra victoria!

MAGISTRADA.— ¿Quieres celebrar la victoria cuando la parte más crucial de la batalla todavía no se ha producido? ¿Nada temes, arrogante Serperio?

SERPERIO.— Magistrada, lo que preocupa a Serperio, y mucho, no es el desenlace de mañana. La crucifixión de Materno y la venta de esclavos no suponen el mínimo riesgo.

MAGISTRADA.— Me intrigas, Serperio. Creía que contaba con tu confianza. ¿Acaso me ocultas algo importante?

SERPERIO.— (*Acercándose a ella.*) Querida Magistrada, esta noche no deberíais preocuparos por nada. Sólo quiero haceros feliz, que os sintáis la mujer más dichosa del mundo, como lo fue otras veces... ¿recordáis? (*Se ríe.*)

MAGISTRADA.— (*De pie, lo aparta.*) Serperio, ¡estáis borracho! Os exijo que me contéis qué ocurre.

SERPERIO.— Sentaos, descansad señora, que Serperio os complacerá en todo. (*Se sientan.*) Sabed que en la vía Augusta las expediciones que bajan del norte comentan que los bárbaros están cerca. Son hor-

das de guerreros que arrasan e incendian a su paso, mientras que nuestros soldados huyen ante su impotencia. Los visigodos nos están ayudando a combatirlos, aunque nadie sabe lo que va a ocurrir. Terratenientes y patricios huyen en naves que les llevan a Roma buscando su seguridad.

MAGISTRADA.— ¡Qué... los bárbaros! ¿Tan cerca están y tú me lo habías ocultado...? ¿Acaso nuestras vidas no te importan?

SERPERIO.— Tenía la intención de decíroslo al final de la noche, después de... *(Empieza a desnudarse.)*

MAGISTRADA.— ¡Después de qué... Serperio! Acaso te has creído que soy tu puta. *(Le pega.)* ¡Me tienes harta, estúpido imbécil! El mando se te ha subido a la cabeza y crees que también mandas sobre mí. ¡Eso jamás! Nadie lo consiguió nunca, ni siquiera el Imperio al que todos tanto le debemos... Siempre hice de mi vida lo que quise pasando por encima de césares y dioses... En Villa Petraria nadie conoce mi nombre, sólo saben que siempre fui y soy, ahora más que nunca, la insigne Magistrada, la primera dama. Eso sí, que nunca tuvo la suerte de tener a su lado a un hombre de verdad. Serperio, no lo olvides nunca, ¡nunca...! ¡Aquí, quien manda... siempre soy yo! *(Coge la ropa y se la tira a la cara.)*

SERPERIO.— ¡Víbora venenosa! *(Deteniendo la ropa en el aire.)* ¿Me consideráis menos que vuestros amantes? ¿Acaso ya habéis olvidado cuanto decíais la última vez...? *(Intenta descubrirle el pecho abalanzándose sobre ella.)* Serperio, cariño, ninguno como tú... *(Riéndose.)* Sigue, Serperio, sigue...

MAGISTRADA.— ¡Canalla! Suéltame, te lo exijo. (*Lo aparta bruscamente.*)

SERPERIO.— (*Saca su espada.*) ¡Quieta, maldita! (*Le pone la espada en el cuello.*) Si te mueves te mando al fondo de la fosa, junto a tu querido Magistrado, que ansioso espera su venganza.

MAGISTRADA.— (*Tiembla de miedo consintiendo que le quite ropa.*) ¡Serperio, no! No lo hagas, así nunca conseguirás nada de mí. ¡Socorro, socorro, ayuda...! ¡Ayuda, socorro, ayuda...!

(*Veloz como una flecha entra Petreyo con un puñal en la mano.*)

PETREYO.— ¡Canalla asesino! Si la hieres será tu fin. ¡Perrro bastardo, suelta a la Magistrada!

SERPERIO.— (*La suelta y va hacia él.*) He aquí el verdadero problema. ¡Traidor! ¡Cobarde! Eres la causa de todas nuestras desgracias. Pero esta historia se ha acabado, Petreyo. En la nueva Villa Petraria sobras tú. (*Se abalanza sobre él. Caen al suelo.*) Has sido un verdadero enemigo nuestro y vas a pagar tu traición. ¡Niñato! Te enamoraste de tu perdición, maldito. La sacerdotisa ha sido tu ruina, esa fantoche te llenó de dudas que te llevan a la muerte. Muere a espada, Petreyo. Te concedo el honor de morir pagando tu traición. Los dioses te acogerán, Petreyo. No temas a mi espada, será rápida tu agonía. Soy un buen soldado y repudio los refinamientos con que os asesináis los patricios. (*Intenta degollarlo, mientras que la magistrada, ida de ira, coge las tijeras y lanzándose sobre la espalda de Serperio le asesta varias puñaladas.*)

MAGISTRADA.— ¡Serperio, canalla, te dije que libraras a mi hijo de la muerte!

SERPERIO.— ¡Maldita asesina! (*Cae muerto.*)

MAGISTRADA.— Petreyo, hijo, ¿estás bien?

PETREYO.— Magistrada, no te preocupes más por mí.

MAGISTRADA.— ¡No, Petreyo, perdóname! Todavía necesitas mi ayuda para salvarte. La destrucción y la muerte nos acechan a todos...

PETREYO.— (*Perturbado.*) ¿Qué puede importarnos lo que suceda? ¿Acaso no presientes que ya nos corroe la muerte?

MAGISTRADA.— (*Llorando.*) ¡Pobre Petreyo, hijo mío, cuánto estás sufriendo...!

ESCENA VII

(En la plaza del pueblo con la imagen lejana de la sierra de la Gran Madre. Al fondo una cruz alzada con Materno crucificado. Delante de la cruz, sobre un catafalco, varios esclavos y esclavas listos para ser vendidos. Jesano dirigirá la subasta desde el catafalco. Un grupo de colonos bien vestidos miran sin cesar a los esclavos en venta. En ambos lados las casas y las gentes del poblado. La guardia romana controla la situación. Materno, desde la cruz, desfallecido y con heridas múltiples, incita a la rebeldía. Entre la gente, la sacerdotisa, Salóndico y Leuton que, disimuladamente, va dando instrucciones a los hombres.)

MATERNO.— *(Fuerte murmullo de indignación que consigue que Materno hable. La voz de Materno acalla a las gentes.)* ¡Amigos míos! Los soldados quieren obligaros a contemplar mi muerte. Pretenden que mi fin sea lo suficientemente atroz, que os enfríe la sangre, que enmudezca vuestra voz rebelde. Pero yo os pido, antes de que mi dolor y mi agonía cierren mis ojos para siempre, que mi grito os suene a libertad, a independencia...

SOLDADO.— ¡Calla, Materno! Tu muerte será un acto de justicia. Con el martirio de la cruz pagarás tu crimen, tu rebeldía...

LEUTON.— ¡Materno es inocente! Inocente... inocente.

PUEBLO.— ¡Inocente, inocente, inocente...!

SOLDADO.— ¡Silencio, provocadores...!

PUEBLO.— ¡Inocente...! ¡Inocente...! (*Repiten.*)

AMBÓN.— Serperio, ¿dónde estás que no te veo...?

(*Se oyen risas de la gente del pueblo.*)

LEUTON.— ¡Serperio, da la cara! ¿Quién te retiene?

PUEBLO.— ¡Sí, Serperio, Serperio...! ¡Que venga Serperio!

SOLDADO.— ¡Callad! ¿Qué os importa a vosotros dónde está Serperio? Os aseguro que si estuviese aquí ibais a pagar cara vuestra insolencia.

AMBÓN.— ¿Acaso, Jesano, anoche le reventó en su estómago un tonel de vino? ¡Seguro que hoy se ve menos que yo...! (*Se ríe.*)

LEUTON.— Jesano, ¿a qué esperas para dar comienzo a la subasta de esclavos? Siempre nos has sacado el dinero a los pobres. Empieza... que queremos ver cómo se lo sacas ahora a los ricos... Los colonos están impacientes. Desean que acabe pronto la subasta. ¿No ves que no se sienten seguros, que tienen miedo?

SOLDADO.— ¡Leuton, deberías estar en la cárcel! ¿Así nos pagas que te hayamos favorecido disfrutando de libertad?

LEUTON.— ¡Libertad para Materno!

PUEBLO.— ¡Libertad para Materno!

SOLDADO.— ¡Ah, Leuton, provocador!

SALÓNDICO.— ¡Ten prudencia, Leuton! Hay que librar a Materno y los soldados no se descuidan. En las pujas de la subasta está previsto reventar el acto para liberar a todos...

SACERDOTISA.— *(Intenta llegar hasta su padre, pero la guardia se lo impide.)* ¡Oh, Gran Madre, alivia el dolor de mi padre!

AMBÓN.— ¡Jesano, no esperes más que Serperio tiene borrachera para días!

SOLDADO.— ¡Que suba el primero!

(Sube un esclavo atado.)

AMBÓN.— ¡Cesarón, amigo, dime quién ha subido!

CESARÓN.— ¡Es el Matarife!

AMBÓN.— ¡Cuidado con ese, colonos, que una noche degolló a todos los cerdos porque no le dejaban dormir!

(El pueblo se ríe. Sube otro.)

CESARÓN.— ¡Ambón, ahora sube el Contento!

AMBÓN.— Colonos, ese sí que os interesa, pues nunca come. Sólo bebe. El Contento confunde el vino con el agua.

(Sube otro.)

CESARÓN.— ¡Ambón, el Puñoduro!

AMBÓN.— Ese sí que es bueno. Acordaos cuando mató de un puñetazo al caballo que se negaba a trabajar. ¡Materno, amigo, aguanta y no te pierdas esto!

(La gente va empujando hacia el estrado. Los guardias retroceden con cierto temor.)

LEUTON.— Jesano, se acabó el espectáculo. *(Saca su falcata. El pueblo, al verle, sacan sus armas.)* Tendréis que matarnos a todos antes de que lleves a cabo esta estúpida farsa.

(Los soldados van retrocediendo ante el clamor del pueblo que grita libertad para Materno. Se empujan, forcejean; los soldados tiran las armas al suelo. Un soldado cae a los pies de Ambón el ciego. Ambón lo coge del cuello y grita después de escupirle.)

AMBÓN.— ¡Leuton, permíteme el gusto de estrangularlo! Dame la gracia de la venganza. Que pague este cerdo todo mi odio y mi ceguera.

(Todos se detienen y miran con expectación a Leuton.)

SALÓNDICO.— ¡Detente, Ambón! Ni aunque estrangulas a todos los soldados del Imperio pagarían sus atroces crímenes. No debe ser ésta nuestra respuesta. Ellos son soldados y un día se extinguirán los ejércitos. Nosotros somos el pueblo, y el pueblo permanecerá siempre, y no habrá futuro si nos convertimos también en ladrones y en asesinos. Todo cuanto habrá de acontecer será nuestro destino, y queremos vivir en un mundo de esperanza, en la justicia y la paz.

INDEVIL.— *(Bajando a Materno de la cruz junto con la sacerdotisa y otros.)* ¡Salóndico, te vuelves a equivocar! ¡El buen trigo nunca saldrá de la tierra llena de espinos!

SALÓNDICO.— ¡Limpiad la tierra y, purificada de maleza, la cosecha será buena y abundante!

PUEBLO.— ¡Sí, sí! Acabemos con ellos, son nuestros verdugos. Acabemos con nuestros enemigos...

(Suenan tambores lejanos y un jinete romano malherido llega a la plaza montado a caballo.)

SOLDADO.— ¡Hombres y mujeres de Villa Petraria, salvaos de la muerte y la destrucción! Los bárbaros están aquí. Avisad a todos y huid lejos, pues llegan hambrientos de oro y sangre. ¡Talan, violan, destruyen, incendian cuanto en las villas romanas hallan! ¡Llega el terror a toda Hispania! Huid, huid lejos... ¡huid o luchad a muerte!

(Huye el jinete velozmente.)

SALÓNDICO.— Curcio, ¿piensas lo mismo que yo?

CURCIO.— Sí, Salóndico, sí. Debemos organizar al ejército y al pueblo para salvarnos del verdadero peligro. *(Gritando fuerte.)* ¡Cinero, Valerio, Jesano, Salóndico, Leuton, Indevil... Materno!

PUEBLO.— ¡Sí...! *(Gritando también con entusiasmo.)*

CURCIO.— ¡Ha llegado la hora de ponernos todos a luchar por Villa Petraria!

SACERDOTISA.— Indevil, Leuton, Cesarón, ayudad a mi padre. Debo avisar a Petreyo. *(Sale corriendo.)*

SALÓNDICO.— ¡Agnie, no queda tiempo! Vuelve, con nosotros estás segura. Vuelve, Agnie, vuelve...

ESCENA VIII

(Luz tenue. La sala del mosaico está empezando a arder tenuemente por varios sitios. Serperio yace muerto en el suelo. Petreyo está sentado junto a Serperio. Entra Agnie.)

SACERDOTISA.— ¡Oh, Gran Madre, qué horror! Petreyo, ¿estás bien? ¿Estás herido? Háblame.

PETREYO.— *(Se ríe ido, levantando el cadáver de Serperio.)* ¡Agnie, todo ha concluido, nada hay que temer! Mira quién está conmigo.

SACERDOTISA.— Petreyo, ¿has matado a Serperio? ¿Dime qué ha sucedido?

PETREYO.— Deseé hacerlo con todas mis fuerzas, pero la Magistrada se me adelantó, siempre estuvo en contra de mis grandes decisiones. *(Se ríe ido.)* ¡Qué suerte la mía! Serperio, el fiel servidor del Imperio yace muerto, y yo, su traidor, velo su podrido cuerpo. Dioses, decidme, ¿quién fue el canalla que mereció morir? ¿Será cierto, como dice la Magistrada, que el odio ayuda a vivir?

SACERDOTISA.— Petreyo, no te culpes. Tú nunca has sentido odio y tus manos están limpias de sangre. Olvida a la Magistrada y recobra a tu madre. Ahora nadie es más infeliz que ella. Debes de ayudarla, sólo te tiene a ti... Te necesita, Petreyo...

PETREYO.— Se fue, Agnie, mi madre se fue para siempre. Desde que ha abandonado la villa, parece que la paz de los dioses haya descendido a este mundo. *(Se ríe, mirando el cadáver de Serperio.)* Se fue horrorizada, quería salvar su vida. Se fue hacia el sur para embarcar hacia Roma. Me instó a que me fuese con ella, admitiendo que tú nos acompañaras. ¡Con tanto que te odiaba! Unos soldados cargaron una carreta con todo lo que ella poseía de valor y se perdieron en la oscuridad. Sus últimas palabras fueron: “Huye, Petreyo, huye... Salva tu vida, hijo mío”. Salvar mi vida... Después de que me la destrozara... *(Se ríe. Llorando.)* ¡Claudio, hermano mío, ven conmigo!

SACERDOTISA.— *(Abrazándole.)* Petreyo, mi vida. Claudio también está muerto y no puede ayudarte. *(Intenta levantarlo de la silla.)* Tenemos que huir. Aquí corremos peligro. Los bárbaros nos asesinarán a todos. Tenemos que huir enseguida, no hay tiempo que perder...

PETREYO.— ¡Huir... huir... mi vida ha sido una huida! Hui de las atrocidades del Imperio, del clamor del pueblo, del odio de mis padres... ¡Agnie, no quiero seguir huyendo! Sólo me quedas tú en este mundo, que no cesa de amontonar cadáveres que se retuercen de espanto entre sus cenizas. *(Se ríe ido, jugando con el cadáver de Serperio.)* La Magistrada tenía razón, sólo permanecen en este mundo el odio y las pasiones, cambian los tiempos pero los hombres son los mismos. Olvidamos el pasado para volver a repetirlo. Huir... ¡Oh dioses, no! Es volver a empezar. *(Coge la espada de*

Serperio y la lanza con rabia contra las águilas doradas de la colgadura.) ¡Canallas, habéis destrozado el sueño de Alejandro!

SACERDOTISA.— ¡Cálmate, Petreyo!

PETREYO.— Agnie, esta noche la muerte me ha desvelado un misterio. Sabes... (*Coge el cadáver y lo aparta perturbado.*) En cada vida pienso que se inicia un círculo que gira alrededor de ella y acaba encontrándose con su principio cuando la vida finaliza.

SACERDOTISA.— Sí, cariño, quizá sea ese círculo establecido de la vida que no cesa de girar la gran oportunidad que siempre nos permite volver a empezar, la gran esperanza que todo ser humano presiente en lo más íntimo de sí mismo... Es necesario volver a empezar, volver a soñar con el ser humano, en la justicia y la libertad. Será entonces decisivo recordar; recordar nuestra memoria histórica para no repetirla nunca más. (*Mientras tanto, Petreyo mueve el cadáver en círculos, simbolizando el ciclo macabro de la muerte.*) No hay salida... ¡Macabra broma de los dioses! ¡Perfecta imperfección humana! (*Petreyo se ríe y deja caer el cadáver de Serperio, convertido en un maniquí quemado que se desploma con estrepitoso ruido contra el suelo.*) Petreyo, cariño. No hables más, deliras. No estás bien. Piensa en lo que siempre hemos creído, en nuestros sueños, en nuestras montañas, en la belleza que se esconde en lo más sencillo y luchemos por ese nuevo mundo que soñó Alejandro. (*Con la colgadura del escudo del Imperio cubre el cuerpo de Serperio.*) ¡Desearía que esta tragedia acabe y en el mundo empiece la verda-

dera justicia! Que los pueblos vivan en prosperidad como verdaderos hermanos de este mundo que no cesamos de castigar. *(Se escucha el sonido de un fuerte derrumbe, al tiempo que empieza a arder la sala del mosaico, desplomándose sobre ambos una gran llama de fuego.)* ¡Madre nuestra, ayúdanos!

(La danza infernal de Osiris y Plutón empieza a surgir sobre los despojos de Petreyo y Agnie, al tiempo que se va escuchando la voz del niño Claudio.)

CLAUDIO.— *(Voz en off.)* ¡Petreyo, Agnie! ¡Qué bien que hayáis venido! Mañana, cuando salga el sol radiante que ilumine la villa, con nuestros caballos recorreremos nuestros preciosos valles, subiremos a lo más alto de las montañas y correremos tras las mariposas más bellas y los pájaros de mil colores escuchando sus trinos más dulces. Y juntos cogeremos para Agnie el ramo de madroños más precioso. Y volveremos a estar los tres felices... y nos divertiremos deslizándonos por las dos montañas de rubias arenas.

TELÓN

ÍNDICE

Prólogo.....	7
El camino hacia Villa Petraria	11
Introducción histórica	19
Villa Petraria	33



Ajuntament de
PETRER